

neftalí noguera mora
premio municipal de "el vigía"



adriani
o la venezuela reformadora

edición patrocinada por el concejo municipal del distrito "alberto adriani"
EL VIGIA - ESTADO MERIDA - VENEZUELA 1966

NEFTALI NOGUERA MORA

Nacido en el Estado Mérida, Neftalí Noguera Mora comparece en el escenario de la literatura venezolana en el año de 1945, con su bello libro titulado "Alegría y Llanto de Europa", que le abrió las puertas del prestigio intelectual. Ha publicado, además, los libros "Newman, lucha y pasión de una vida" y "La generación poética de 1918". Fue incluido por Mariano Picón Salas en su Antología titulada "Dos siglos de prosa venezolana". Tiene listos para dar a la impresión los libros "Imágenes de Venezuela" y "Cielo y Suelo de Haití".

Diplomático, ha servido numerosas representaciones en Europa y América Latina. Ha sido condecorado por varios Gobiernos.

Es miembro de la Asociación de Escritores Venezolanos, del Pen Club Internacional, del Ateneo de Puerto Rico y del Centro "Insula" de Lima.

Muy elogiosos comentarios sobre su estilo y su obra escribieron Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, Eduardo Carreño, Julio Morales Lara, Manuel Felipe Rugeles, Miguel Otero Silva, Juan Oropeza, Aquiles Nazoa, Agustín Garabito, José Umaña Bernal y César Lizardo, entre otros.

Reside en la actualidad en Mérida.

neftalí noguera mora

adriani

o

la venezuela reformadora

pórtico
(a manera de prólogo)

El justo anhelo de contribuir a realzar los actos de inauguración del Distrito Alberto Adriani en su nativa provincia de Mérida, y el Concurso abierto por la Municipalidad de El Vigía para la biografía del ilustre venezolano, me llevaron a escribir estas páginas en el corto plazo de un mes.

Obra destinada a la cultura popular, llamada a actualizar entre sus conterráneos y admiradores el nombre y la obra del inolvidable hijo de Zea, su contenido reclama el estilo fácil y la técnica simple para poder familiarizarlo con los diversos tipos de lectores. Espero haber cumplido esta condición, sin renunciar a la tentación intelectual de escudriñar también al personaje, presentar y analizar su ideario, recrear los ambientes donde transcurrió su vida, identificar los frutos de su acción y proyectar su ejemplo en función del porvenir.

El espíritu casi didáctico, que demandan las bases del Concurso, me obligó a seguir el orden cronológico en el plan del trabajo, sin que los hechos perdieran la importancia que cobraron en vida tan interesante. Personalmente, me hubiese halagado más utilizar las fórmulas de la moderna biografía que, en pocos rasgos sustanciales, resumen una existencia y producen, mediante la combinación de factores fundamentales, el balance de su actuación. Pero Adriani era personaje demasiado concreto para novelarlo o para someterlo a una estrangulación filosófica.

Una nueva edición y el aporte más amplio de datos me llevarían, con el favor de Dios, a extraer mayor provecho en lo humano, en lo estético y en lo nacional, de valor tan sustantivo en el acontecer venezolano. O quizás, corresponda este grato cometido a otro escritor más afortunado.

Es Adriani figura tentadora para la biografía en un país y en un continente, donde tan relevante honor ha cabido, en mayoría, a las espadas.

N. N. M.

I . el pueblo natal

Murmuquena fue el nombre indígena del primoso valle donde se asienta el pueblo de Zea. Allí, la naturaleza despegó los brazos del piedemonte para ofrecer al habitante el verde recodo de la más enviable intimidad. Por las abras estrechas de la verde cordillera penetra el aire tibio de las sabanas y las costas meridionales del Lago de Maracaibo. En las

noches soporosas, alterna con el brillo de las estrellas fugaces y la luz titilante de los cocuyos el faro lejano y misterioso del relámpago del Catatumbo.

Coronada por las tímidas lomas de La Cuchilla o Morro Negro, La Llorona, El Páramo, El Amparo y La Cruz de la Paz, la hermosa aldea pudo haber sido asiento de una ciudadela, de milenarias civilizaciones, enclavadas en las quiebras silenciosas de los Andes venezolanos.

El nombre actual sugiere muy poco de su pasado. Pero, cual un denominador común, pareciera definir las condiciones de civilismo o inteligencia del poblador. El bautizo del pueblo fue un homenaje a la memoria esclarecida del doctor Francisco Antonio Zea. Un neogranadino de la generación de Antonio Nariño, de Camilo Torres, de Francisco José de Caldas, de los Fernández Madrid, de José Celestino Mutis, de Custodio García Rovira, Manuel Rodríguez Torices, Jorge Tadeo Lozano y Pedro Fermín de Vargas, entre otros, versados en filosofía, teología y cánones, en jurisprudencia, en ciencias naturales, en las doctrinas del enciclopedismo y en los clandestinos manifiestos de la conspiración.

Zea había nacido en Medellín en 1770. Su inteligencia atormentada y su corazón audaz le abrieron el camino de todos los azares y vicisitudes. Fue declarado con otros caetáneos, cómplice de Antonio Nariño en la para entonces escandalosa publicación de "Los Derechos del hombre y del ciudadano" de la Francia Revolucionaria. En 1795 fue enviado a España y encerrado en prisión.

No volvería a la Nueva Granada hasta veinte años después: cuatro en la cárcel, ocho como profesor de

Ciencias Naturales y Director del Jardín Botánico en Madrid y ocho como Miembro del Gobierno de Bayona y prefecto de Málaga. Sus pasiones lo llevaron a ensayar las más contradictorias actitudes: apasionado de la Francia de la Revolución y servidor de la ocupación napoleónica en la Madre Patria.

Bolívar le encontró en Haití en el año de 1816. Lo incorporó a su valiente hueste de invasores. Lo hizo Intendente General de Hacienda. Cuando las naves audaces cortaron amarras para la expedición de Los Cayos, Zea venía a bordo. Fue entonces combatiente en alta mar. Peleó en las costas y en la Isla de La Margarita. Contribuyó personalmente a la captura del bergantín "intrépido" y la goleta "Santa Rita". Se cubrió de gloria en la toma de los fortines de la patria chica de Arismendi y en la histórica colina de Matasiete. Fue un paladín del valor en la batalla del Playón del Juncal. Entre los años de 1817 y 1820, fue Secretario de Gobierno en Angostura, Redactor del "Correo del Orinoco", Presidente del Congreso Constituyente y, durante seis meses, Vice-Presidente Encargado del Gobierno, para sustituir personalmente al Libertador, ocupado en la conducción de la guerra y en la preparación de la Campaña del Sur.

Guayana abre en aquellos días las brechas definitivas al triunfo continental de la cruentísima epopeya. Ya Bolívar piensa en "un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipó y libertadores del Perú."

Los servicios eminentes prestados por Zea a la causa de la República lo consagraban como uno de

los libertadores más sobresalientes. Bolívar lo ratificaría desde Angostura en carta dirigida al General Santander, fechada el 22 de diciembre de 1819; "El señor Zea es Vice-presidente de Colombia y el padre de esta República porque él ha sido el principal autor de ella."

Mientras las armas patriotas descendían triunfantes por las empinadas crestas de los Andes, la estrella inquieta de Zea empezaba a desplazarse hacia otras latitudes. Bolívar le confió la responsabilidad de realizar las gestiones diplomáticas para el reconocimiento del Gobierno ante la Corte Inglesa y para la negociación de un empréstito. El éxito no le acompañó en la nueva Empresa. Por otra parte, su salud ya era precaria. El 28 de noviembre de 1822 murió en Bath, a los 52 años de edad. Una playa extranjera recogió su último aliento.

o o o

Este apretado evento de la historia, que le cambió su nombre, no puede dolerle a Murmuquena. No lo reclamarían los padres aborígenes. En los días de la infancia, sobre los bancos escolares, un muchacho de Zea leyó con voracidad heroica las páginas que encerraban la historia de la nueva patria que le dieron sus padres inmigrantes y comenzó a viajar. A deambular por los secretos fecundos de la inteligencia, por la maravilla creadora de los pueblos, por el inquietante destino de su país. Ya, en carta a una novia desconocida, le habla de "la gloria que mañana cobi-

jará mi vida." En su pétreo mutismo, lo vieron monologar los filos de La Cuchilla, La Llorona, El Páramo y La Cruz de la Paz. Sus ecos de niño solitario corrieron por las rumorosas quebradas de La Berra y el Playón hasta el río Guaruríes.

Algo más cambiaría en Murmuquena. Dentro del escenario tranquilo de su infancia campesina, el nombre y los avatares de su aldea se confundían en la más ancha dimensión con Venezuela. En la intimidad de su verde fortaleza, por la ventana del porvenir, comenzaba a asomar el ceño prematuro de Alberto Adriani.

II • gente e infancia

Tú habías nacido para ser libre, para realizar valiente y totalmente tu pensamiento.

AMIEL. (Diario Intimo)

Zea ha sido uno de los núcleos venezolanos donde la comunidad ha rendido mayores beneficios al hombre en sí y al destino de su geografía. Ha sido tierra de paz y de solidaridad. La homogeneidad de la pequeña clase dirigente en los factores étnicos, culturales y económicos, ejerció profunda influencia en la vida del poblador de la campiña.

La raza conserva en aquel ambiente las características fundamentales del colonizador hispano, con el aporte diluido del mestizaje con el indio.

En el área de la cultura, la total asimilación del poblador a la religión católica le imprimió signos espirituales que fortalecieron siempre su fe, su optimismo, su práctica permanente del trabajo, su apego a la austeridad en las costumbres, su hospitalidad limpia y espontánea y el ejercicio apasionado de la honradez.

Tierra de medianos y pequeños agricultores, el café ha sido su riqueza secular. El delicioso fruto le ofreció días de esplendor y temporadas de honda crisis. Hay teóricos que insisten en que este cultivo, como el del cacao, tiene prerrogativas esclavizantes, y que se prestó a la explotación del campesino por el intermediario, el industrial y el exportador. Según ellos, los grandes hacendados del arbusto sabeo, que llamara Bello, cebáronse como los buitres sobre los jornaleros en los diferentes procesos del beneficio.

En nuestra Venezuela retrasada y empírica, tal panorama no fue privativo solamente del café. La ausencia de justicia distributiva afectó todos los órdenes de nuestra economía. Y, como rector de ella en la zona andina, la inseguridad de los precios en el mercado internacional, determinó por igual a todos los que intervendrían en la producción del café en sus diferentes rangos de aprovechamiento. El fracaso del jornalero coincidió siempre con la quiebra del hacendado. La falta de renovación de las plantas y de experimentación de nuevas variedades contribuyó al envejecimiento de los cultivos y a la creciente pobreza de sus cosechas. Fue un drama común, que

se comprende con mayor claridad cuando tareas más retributivas generan, como en la actualidad, la decadencia de las plantaciones y la escasez de los obreros.

Nuevos alicientes ofreció al poblador de Zea, como al habitante todo del macizo andino, la apertura de la carretera panamericana. El viejo cafetero se transforma hoy, en las ricas regiones que atraviesa la gran vía, en ganadero o en sembrador de frutos menores.

Es este el panorama de la tierra vinculada a la vida de un gran venezolano y honrada con la obra que pudo realizar en corto tiempo.

Tuvo Zea la suerte de tener grandes maestros. Grandes por la humilde tenacidad y la noble abnegación del formador. Hombres de la misma fibra de Rafael Antonio Godoy, de Orencio Bencomo, de Jacinto Mora y de Pedro Briceño en los pueblos de Mérida. De la vieja escuela de Egidio Montesinos, el gran institutor de El Tocuyo, para citar uno solo entre tantos apóstoles de la enseñanza en otros días de la atrasada patria de Simón Rodríguez.

Tres nombres llenarían los anales pedagógicos de Zea en el último medio siglo: Félix Román Duque, Rafael Rondón Peña y Rita Mora de Barrios. Tenían, además de la vocación de la enseñanza, el amor a las letras. Los tres dejaron testimonios de la emoción lugareña en sus cuadernos de notas y en la memoria de los hijos. Los hijos fueron también maestros y escritores. A la enseñanza y a las letras, Don Félix Román Duque entregó el talento y la clara voluntad de sus hijos: José Román, Emiro y Alirio Duque Sánchez. Maestro en su mocedad, periodista durante toda la vida e historiador de grandes méritos, ha

sido Rafael Angel Rondón Márquez, hijo de Don Rafael Rondón Peña. Y familia de muy despierta dualidad intelectual son los Barrios Mora. Todos han hecho armas en la educación. Crítico literario de muy disciplinado temperamento es José Ramón Barrios Mora; devoto de la filosofía, Antonio José. Y de muy inquieta formación intelectual, sus hermanas, también educadoras.

Pueblo hospitalario y recogido — a veces recoleto —, ciudadela de la intimidad, Zea tiene la estructura física y espiritual de un colegio. Mientras, entre las ramas verdes, el cafeto desgrana sus rojas ambrosías, el libro se abre sobre las plácidas colinas o a orillas de la vega, donde se juntan los ríos que van a orquestar la sinfonía ritual del Guaruríes.



Los pequeños poblados son como los árboles frondosos. Reparten a la atmósfera su carga de frescura en relación con la vastedad robusta de sus gajos. Musicalizan el paisaje grato con el instrumental variado de los pájaros, cuyas familias pueblan sus anchas ramazones.

Hay pueblos que nacen, viven y mueren hacia adentro. Puede ser su discurrir sentimental, pero no parecen alojar ni la pena ni la gloria. Se esconden tras el ancho gris de la neblina o con los dardos cenitales del candente sol. Pero no comparten con el viajero ni la melancolía pensativa de la atmósfera, ni el aliento reavivante del calor.

Otros tienen la suerte de lo cósmico. Es el destino de la generosidad. Y la bondad no tiene obligación de aparecer siempre extravertida. Para Zea, este es el simil ejemplar.

Todos los pueblos del mundo — un mundo tan grande y tan pequeño, porque es redondo y se encuentra por todos los sinfines — tienen sus nombres. En Zea hay nombres antiguos que nacieron cerca de la cordillera. Y hay nombres recientes, que vinieron a guarecerse bajo la frescura de su naturaleza.

Velazcos, Méndez, Carreros, Valbuenas, Ramírez, Márquez, Barrios, Escalantes, Altuves, Moras, Andrades y Rondones, son las piedras de los cercados de la vieja heredad. Lo son también los Martínez, los Sánchez y los Duque. Entre Zea, Tovar, Bailadores y La Grita, se interponen apenas, como guardianes de la neblina, los silenciosos páramos. La propiedad genealógica en los fraternos Andes sólo es mito.

En el solar prosperan apellidos más nuevos, de gentes muy antiguas. Entre la isla de Elba y la montaña de Venezuela, la distancia es también corta. Lo dicen los Adriani, los Giordano y los Mazzei.

Ah, los Mazzei...! Silvio y Olimpia, entre ellos, tan italos, tan venezolanos, tan ejemplares...

Son todos la vieja y la nueva gente, ambas cruzadas sobre la misma arteria, las dos dirigidas por el mismo camino hacia los azares del porvenir. Por El Amparo, viajarán a los pueblos de la Cordillera y al centro de Venezuela. Por el camino de mulas que hormiguea en la roca, a Santa Elena, al Lago de Maracaibo. Y a los dominios del relámpago del Catatumbo.

Fuera de la lógica afluencia de la colonización española y del pequeño tinte exótico de razas teutónicas traído por los Beltzares en la época de la conquista y por el Gobierno del General Páez, en los primeros años de la República, para integrar la Colonia Tovar en la zona montañosa del Estado Aragua, dos corrientes inmigratorias empezaron a desarrollarse en Venezuela, a mediados del siglo xix, con intenso parecido étnico y cultural: la de la isla Córcega, perteneciente a Francia, y la italiana. Formadas, en su mayoría, por artesanos y pequeños agricultores, impartieron fisonomía peculiar a algunos poblados de Venezuela: Río Caribe y Carúpano, en el Estado Sucre; Caripe, en el Estado Monagas; Aráira, en tierras de Miranda, próximas al fertilísimo espacio de Barlovento; Monte Carmelo, en la serranía trujillana y Santa Cruz de Mora y Zea en el Estado Mérida.

La atracción inicial de estos inmigrantes la constituía el llamado familiar del europeo ya adaptado al atrasado y virginal espacio de aquella Venezuela. El proceso desconocía cualquier dirección de orden técnico. Desde Italia destacaban por su número los viajeros de origen meridional, la parte más atrasada y pobre de la Península: calabreses y sicilianos, con mayor urgencia de trabajo y de bienestar que la mayoría de sus compatriotas, se adaptaban con mejor suerte al nuevo suelo. Igual historia se repetía con los mismos protagonistas del éxodo europeo en las diferentes regiones de América: desde el Estado de Nueva York hasta el Cabo de Hornos.

La Isla de Elba, en el archipiélago toscano, aportaba a estas corrientes una contribución más redu-

cida pero más selecta, por su proximidad a la costa mediterránea de la Italia del Norte, su mayor cultura y un tipo tradicional de vida más avanzada. Vecinos de los corsos, los habitantes de la Isla de Elba daban a la inmigración, que recibía Venezuela, un perfil similar.

Todos aquellos adelantados del Viejo Mundo vinieron a América a trabajar: en unos, el impulso inicial tuvo más acento de aventura; en otros más determinación de la necesidad. Sortearon la inquietud civil de la nueva patria anarquizada y belicosa. Y cuando no pudieron eludir el áspero turbión de la contienda fratricida, se hundieron, para salvar sus bienes y aclimatar sus apellidos, en los oscuros torbellinos del plomo y de la pólvora, para montar estrellas sobre los hombros de las curtidas guerreras, absorber el polvo implacable a lomo de famélicos rocines y compartir la carne salpresa y maloliente, y el aguardiente de los misteriosos callejones en las noches turbulentas del vivac.

Todos vinieron a trabajar. La guerra, en aquellos días, era también parte del trabajo. Y como eran valientes y tenaces —y un poco soñadores—, al izar bandera blanca en cualquier colina pasaron en las aldeas y pequeños poblados de la cuchara del albañil y el serrucho y el cepillo del carpintero a ser los hacendados y dueños de hatos y aserraderos de la fatigada Venezuela.



Cuando José Adriani llegó a Venezuela, empezaba a morir una épica centuria, para abrirle camino

menos duro a nuevos tiempos. Moría un nuevo intento continuista en el crepúsculo melancólico del Doctor Raimundo Andueza Palacio. Salido de su tierra natal, la Isla de Elba, desembarcó en Maracaibo el 7 de diciembre de 1892 con su esposa Doña María Mazzei, del mismo origen. Frisaba en los veinticinco años. Una edad maravillosa para abrirse caminos, para formar un hogar, para educar una familia y para asegurar el paso tranquilo de la ancianidad.

En el año de 1894, el primer Adriani se estableció en Zea. El pueblo había sido destruido por el pavoroso sismo del 28 de abril. Polvo y escombros era el balance físico de muchas ciudades de la Cordillera venezolana. Fueron, pues, Don José y Doña María dos de los nuevos fundadores. Así, la siembra de su estirpe sería más clara y más creadora. Era el inmigrante activo, que enaltecería su hijo Alberto, por contraste con las clases pasivas, resignadas al fatalismo y la eventualidad en toda la extensión de un país heroico y hechicero, bondadoso y desorientado.

En el ambiente rural descrito en estas páginas, empezaron a crecer la familia y los bienes: los bienes del corazón y los de la fortuna. Dentro de este marco étnico, cultural y económico se forjó la estirpe de los Adriani, en la primera generación: Domingo Atilio, Amadeo Silvio, Alberto, Elbano y Delia María, hoy señora de Méndez Escalante.

En Zea, nació, pues, Alberto Adriani, el 14 de junio de 1898, entre el ocaso trágico de Joaquín Crespo, el Caudillo Liberal y el tambaleante mandato de Ignacio Andrade. En escalas elevadas de gobierno, los Andes no acusaban ni arte ni parte en la política venezolana. Un año después, tras la consumada aven-

tura de los 60, llegarían al poder. O, más bien al Capitolio Federal. ¿Cuál sería la nueva suerte de la República en las manos de los reservados montañeses?

Este niño rubio, hijo de italianos, quien juega sonriente con los barrotes de la cuna, podría dar mañana, si el destino lo permite, la más hermosa respuesta, la más creadora solución.

III · el cultivo de la individualidad

Todo cultivo —y aun culto— de la individualidad es inseparable del cultivo de la humanidad, de lo universal y absoluto en nosotros, o, si se quiere, de los fines divinos en el orden del mundo.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS.

En los grandes hombres, su formación es, en parte, producto de su calidad intrínseca. Poco influye en ella el escenario en el que crece y actúa su personalidad. Los factores que intervienen, con más acentuada persistencia en el cultivo de la individualidad son los de orden espiritual sumados a la expe-

riencia de la vida en el trato con las gentes. Es un fenómeno de simplicidad que casi siempre escapa a la existencia trepidante de las grandes ciudades.

Cuando se piensa en la formación de Alberto Adriani, que tiene por alborada y por crepúsculo a su tierra provinciana de Mérida, se recuerda, por ejemplo, la de un Manuel Palacio Fajardo, un largo siglo atrás, que tuvo por escenarios fundamentales su provincia barinesa y, también, Mérida. Muchos hechos similares asoman a las páginas de la historia de América, desde los días de la generación de Independencia. Los grandes hombres traen desde la cuna su fuerza y su destino. Bolívar pasa desde los salones elegantes de la Europa de su dorada juventud hasta los azarosos campamentos de la guerra más sangrienta: del pulido dandy al gran Capitán y Estadista. Y Páez, el fornido jinete y agilísimo lancero de la epopeya, antiguo ayudante del negro liberto Manueloté, llega por el camino que alumbran el triunfo y el poder al cultivo de las letras y a la emoción del canto en el pentagrama que le recuerda las dianas triunfales de Carabobo.



La infancia y parte de la adolescencia de Alberto Adriani transcurren en Zea. Por contraste con su clara inteligencia, es un niño introvertido. Piensa mucho y habla poco. Los libros son su pasión permanente. Es alumno excepcional del Colegio Santo Tomás de Aquino del maestro Félix Román Duque. De Alberto son las mejores notas del Colegio. No solamente es relevante en las materias del programa

escolar, sino que cada día sorprende con nuevos conocimientos arrancados a la inquietud silenciosa de la noche poblana o de los días de soledad de las haciendas paternas de Bejuquero y Guaruríes, donde suele pasar los fines de semana y las vacaciones colegiales.

Bondadoso pero callado, porque su silencio no es fruto del egoísmo, es mejor oyente que interlocutor. En un montañés venezolano. Sus hermanos Domingo, Amadeo y Elbano transpiran más calor mediterráneo. Su elocuencia parece confundir a Alberto, quien alterna sus lecturas con la atención cuidadosa al diálogo de los peones y arrieros que trabajan en la heredad familiar. Delia María es la suave musa de la familia. La madre es el hado más fino del hogar.

Hacendados y pequeños propietarios suelen visitar a Don José. Alberto oye hablar de la promesa de las cosechas. De los precios del café que traen los últimos *Boletines de la Situación Comercial* enviados por las casas exportadoras de Maracaibo; de la situación de la oferta y la demanda del fruto en los mercados de Nueva York y de Europa; de la competencia del Brasil, excluyente para la ventajosa colocación del producto en los mercados mundiales, por su monstruosa producción; del mejoramiento científico de la especie en Colombia y en países de la América Central. A veces, el criollo mezcla en sus cálculos la superstición. Son temas que escucha el niño con mayor interés que el ruido de los juegos infantiles. Este mundo del esfuerzo, de las cifras, de los valores y de la competencia, es el que se abra con mayor facilidad ante sus claros ojos.

Pero, para poder entender con mayor facilidad al mundo y penetrar los problemas de los hombres, es

menester saber muchas cosas más. Conocer las lenguas de mayor uso para la relación de los pueblos. Profundizar en los secretos de la filosofía para interpretar las reacciones de los semejantes. Y el muchacho, mientras cumple las tareas escolares, se da, por cuenta propia, a la búsqueda de las fuentes necesarias y precisas.



Entre los años de 1914 y 1916, el joven Alberto Adriani estudia en Mérida. Ya ha pasado la verja florecida de los quince años. Pero, más que cronológico, su tiempo le resulta espacial. El brillante bachillerato que cursa parece en él sólo un pretexto para ahondar en disciplinas más vitales, algunas muy lejanas del pensum oficial. Hurga bibliotecas de amigos y pequeñas librerías. Le apasionan la geografía, la historia, la sociología, las ciencias exactas y la filosofía, que puede, indiferentemente, leer en inglés, en italiano o en francés, como en la propia lengua de Castilla.

Más tarde — más temprano que tarde — aprenderá alemán. Y llegará a familiarizarse con el Derecho Internacional Público e Internacional Privado. Y con los principios, normas y precedentes de la Diplomacia Universal. Pareciera presentir la intensa brevedad de su vida y el apretado lapso que el destino lo imponía para cumplir su gran deber de venezolano y de hombre universal. ¿A cuál otra razón podría atribuirse el acelerado proceso de su formación? ¿Por

qué en su estructura cerebral la suerte junta antípodas tan extrañas?

En el campo de la vida espiritual, Alberto había dejado sólidamente impresa en su casa de Zea la luminosa huella de su paso. En 1914, su padre, Don José, incorporó al inventario familiar un nuevo bien: la imprenta con la cual regaló a sus hijos. En el modesto taller, Albano Adriani y Rafael Angel Rondón Márquez, el primero cirujano de gran prestigio y el segundo periodista e historiador de notabilidad en el presente, imprimieron el periódico "El Impulso". Alberto no colaboraría en sus columnas en esa época. Ocupado en sus estudios y en su ambiciosa formación, le era suficiente saber que su pueblo y su casa tenían una nueva voz proyectada hacia el mundo de la cultura. Su nombre apareció en la segunda época del periódico — la primera duró primer año y contó con doce apariciones — entre 1924 y 1927. En sus artículos enviados desde ultramar estaba ya impreso el sello de su desbordante personalidad. Era el hombre formado para la cita inaplazable del destino. Para el programa de la acción.

Sin embargo, en ese año de 1914, a los 18 años de edad, Alberto Adriani empieza a revelarse en sus escritos íntimos, en sus notas de la primera juventud, como un hombre de sereno pensamiento, con clara visión de su porvenir. De un cuaderno, extractamos este pensamiento de su pluma: "Hay en la vida del hombre que aspira a ser grande dos como imperiosas necesidades que deben existir si se quiere llegar a tal: la emulación y una moderada ambición, virtudes que han formulado los grandes hombres, que pueden considerarse como causas eficientes de las grandes empresas".

Para acusar tal fuerza de pensamiento desde la adolescencia, un concepto ético filosófico es fundamental en la conciencia del hombre. Adversando el materialismo burgués del siglo XIX, confesaba a Mariano Picón Salas: "Existe una vida espiritual que no está enteramente sujeta, como pensaban aquellos materialistas, a lo fisiológico". Pero, como era un espíritu controvertido, en trance de apurar la luz de la verdad, precisa seguir con cuidado sus ideas y determinar las rectificaciones de un temperamento sensible pero cerebral. Si, desde Ginebra en 1922, escribe en carta a Picón Salas: "Para una actividad tenaz e iluminada, no tengo, después de perdida la religión, sino unas normas de filosofía que una crítica constante se afana en disolver, pero contra todas las dificultades algo se hace", en 1930 envía desde Washington al diario "Patria" de Mérida un vigoroso ensayo titulado "El catolicismo angloamericano y la acción social", que lo señala como un creyente de profunda sensibilidad cristiana, con sentido autoocrítico sobre las fallas en la práctica de su religión en materias que apasionan a un mundo caótico, urgido de justicia social.

Leyendo aquel hermoso ensayo, a los treinta y cinco años de haber sido escrito, el pensamiento de Adriani, por su valentía y claridad, se confunde con el de Jacques Maritain y encuentra cabida luminosa en las más modernas interpretaciones de la Doctrina Social de la Iglesia Católica, en las admirables encíclicas de León XIII, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI y en el tesoro de las grandes transformaciones aprobadas en el último Concilio Vaticano.

Extractemos algunos párrafos esclarecedores del artículo del doctor Adriani. Dice así:

"La rigidez de sus normas, sus tradiciones milenarias y su admirable organización jerárquica han asegurado a la iglesia católica tal unidad y solidez, que las más hostiles corrientes espirituales de nuestra época se rompen ante sus puertas, sin lograr desintegrarla. Actualmente el mundo atraviesa una de las más graves crisis de su vida moral e intelectual, que recuerda la que se desencadenó en el mundo antiguo cuando el Imperio Romano sacó de su aislamiento a todos los pueblos asomados al Mediterráneo; confundió sus dioses, sus culturas y sus leyes; y los puso a vivir al amparo de la Pax Romana. Esta crisis está desintegrando religiones, filosofías, culturas y civilizaciones, pero la Iglesia católica continúa imperturbable ante la tremenda marejada...

"Admitido que la Iglesia católica es universal, como lo indica su nombre, es necesario convenir que sus dignatarios y sus fieles son, después de todo, venezolanos, holandeses, alemanes o chinos. Las instituciones católicas son las mismas para todas las naciones desde un punto de vista que podríamos llamar teórico. En la práctica, las idiosincrasias de cada pueblo acaban por imprimirle una fisonomía particular.

"La Iglesia católica en los Estados Unidos parece animada por la misma voluntad optimista y agresiva que distingue al pueblo estadounidense. El católico angloamericano quiere ser ejemplar... En Brookland, suburbio de Washington, el pueblo de los Estados Unidos edifica la Catedral de la Inmaculada, que será la más suntuosa mansión que hayan nunca levantado los hombres a Dios. Junto a la Catedral surgen los palacios de la Universidad Católica — testimonio elocuente de la generosidad del pueblo católico angloamericano — que será el más rico, mejor equipado y más influyente instituto científico de la catolicidad. En la Avenida Massachusetts, Vía Apia del Imperio

Americano, están las sedes nacionales de las más vastas y poderosas organizaciones laicas del mundo católico. Habríamos de emplear otros superlativos para calificar algunas otras de sus empresas y realizaciones. Los ejemplos citados bastan para demostrar que en los Estados Unidos la Iglesia católica es ambiciosa, militante y agresiva.

“En la generalidad de los países latinos la Iglesia católica pone especial énfasis en las prácticas cultuales o litúrgicas. En los Estados Unidos, el servicio social o la acción social recibe de la Iglesia atención incomparablemente mayor. Servicio Social es actualmente la divisa de toda la estructura corporativa de este país. Cada iglesia es centro de multitud de sociedades culturales y de acción social. Por ejemplo, el Cura Párroco de la Iglesia de San Mateo, de esta ciudad, dirige 14 sociedades, de las cuales una tiene por objeto el mantenimiento de la escuela parroquial y otra el sostenimiento de una escuela para niños protestantes...

“El informe sobre la acción social de la Arquidiócesis de Nueva York, correspondiente a 1928, permite darse una idea de las actividades de la Iglesia Católica anglo-americana. Durante el año de 1928 la Arquidiócesis consagró la suma de un millón, ochenta y ocho mil cuatrocientos cincuenta y dos dólares con noventa y tres centavos a actividades sociales y obras de caridad. Con dicho total, la Arquidiócesis contribuyó a la asistencia de familias necesitadas y menesterosas; al sostenimiento de hospicios para niños huérfanos; al tratamiento y curación de enajenados; al mantenimiento de hospitales, a la redención de penitentes; al sostenimiento de instituciones de consejo y ayuda para el mejoramiento de las condiciones de vida; a la acción social entre los niños; al sostenimiento de casa para inmigrantes; al establecimiento y gestión de hoteles para mujeres empleadas en la industria y el comercio; y al éxito de muchas otras actividades del mismo orden. Es de observar que la Arquidiócesis tiene más bien la misión de integrar la

vasta y multiforme acción social de las organizaciones seculares y laicas, y que sus contribuciones constituyen solamente una parte del total...

“Todas las actividades del clero católico y de la vasta red de organizaciones laicas, que se cuentan por decenas, tienen su centro de dirección e integración en la National Catholic Welfare Conference... Durante el breve período de su existencia esta organización ha ejercido una influencia profunda y altamente beneficiosa. Gran parte de su tiempo ha sido dedicado al estudio de problemas sociales contemporáneos, tales como las relaciones entre el capital y el trabajo; el trabajo de la mujer en las fábricas y oficinas; las restricciones artificiales a la natalidad, la inmigración, la educación, etc. Sus actividades han recibido una y otra vez el beneplácito de Su Santidad Pío XI en la encíclica hecha pública el 19 de diciembre de 1929...

“Toda obra social se realiza sin mengua, al contrario, con positivo beneficio de la actividad estrictamente cultural. El católico americano se siente agradecido de la acción providente de su Iglesia y orgulloso de su creciente influencia nacional. Todos los que han podido asistir a las Iglesias católicas de los Estados Unidos, deben haber sentido admiración ante el celo, la devoción sincera y el fervor comunicativo que el católico anglo-americano pone en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Esta ejemplaridad del católico americano es uno de los factores que hacen de la Iglesia católica la comunidad religiosa más expansiva de los Estados Unidos. Sus tránsfugas son rarísimos, mientras que el número de los convertidos se cuentan cada año por decenas de millares. Casi todo el mundo conviene en que la Iglesia católica posee actualmente una autoridad moral mayor que la de ninguna otra iglesia...

“El catolicismo americano es ciertamente digno de admiración y es de esperarse que le servirá al mundo católico de inspiración y de ejemplo. Durante

toda la Edad Media — la gran edad del misticismo religioso, de la justicia social y de las catedrales prodigiosas — la Iglesia católica fue admirable instrumento de progreso, de justicia y de paz entre los hombres. Ahora en los Estados Unidos, la Iglesia católica revive tan admirables tradiciones. Dios quiera comunicarle a los otros pueblos católicos la misma inspiración y el mismo fervor cristianos”.

No han faltado algunos escritores y políticos o simplemente lectores, que han pretendido presentar a Adriani simplemente como un economista, de talento indiscutible, pero con espíritu de autómatas, cuyo frío raciocinio fraternizara solamente con la rigidez inalterable de las cifras y quizás con las conclusiones descarnadas de la dialéctica materialista. No han sido extraídos de sus papeles los anteriores párrafos para comprobar su fe, que es bien conocida, sino para confirmar que, como hombre de perdurables convicciones religiosas, le incitaba la perfección del culto que entregara al servicio del pueblo y a la causa de la justicia toda su influencia, todo su poder y la mística activa de sus creyentes. Porque era un venezolano con mística social y sabía y le dolía que su pueblo viviera en medio de un atraso ignominioso y de una miseria inexplicable, dirigió la luz de su talento al estudio de la economía. El venía, su signo arrancaba de las grandes experiencias de la historia. Su formación era un proceso de ese Destino ya fijado. Y fue menor el esfuerzo para forjar su cultura, que las luchas interiores que hubo de empeñar para decidir el signo de una filosofía cristiana y creadora, a través de los rudos vericuetos de la duda anhelante y de la grande fe.

Cronológicamente, estas páginas han acercado, para dar una sola imagen, dos épocas de la vida de Adriani. Será siempre el mismo en vertiginoso ascenso. Corre el año de 1916. Dos años ha pasado en la hermosa y tranquila ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida. Su cultura ha sobrepasado, sin punto de comparación, las exigencias del modesto bachillerato provinciano. Tiene el respeto de las gentes cultas de la reposada urbe, que acogen la admiración unánime de profesores y camaradas de liceo del joven merideño. Les gusta sacarle las palabras a este muchacho introvertido y escuchar sus opiniones sobre los más modernos escritores europeos e hispano-americanos, sobre el proceso lejano de la Primera Guerra Mundial, sobre la situación de los mercados internacionales y otros aspectos que la falta de comunicaciones aplazan al conocimiento de las gentes de una lejana provincia de América.

En cuestiones sentimentales, confunde por su sobriedad y su discreción. Alguna carta de aquellos años merideños, tomada de sus papeles de muchacho, acusa al actor que se empeña en ser discreto con los curiosos y consigo mismo. Revela al hombre en la visión de su porvenir. He aquí algunos párrafos de la copia:

“Al amor inmediato y lejano que es mi obsesión. Pues que apareciste, al fin soy dichoso. No te conocía, pero te tengo aprisionada ya aquí en mi corazón... Y es *para ventura de la gloria que mañana cobijará mi vida*, que le hayas prestado más calor, que le hayas infundido tu aliento, que la impulses hacia la

realidad... Yo quiero asegurarte, si aprecias en algo lo que te prometo que nada me apartará de ti, porque mi alma siente que *en sus andanzas en pos de la gloria y para alcanzar sus ideales*, tú eres la sola insinuación, su sola grande ayuda. Te envía todo el corazón, ALBERTO”.

El 21 de septiembre de 1916, Alberto Adriani entregó en Mérida al Jurado del Liceo anexo a la Universidad de Los Andes su tesis para optar al título de Bachiller en Filosofía y Letras, que fue aprobada por la Comisión Nacional de Instrucción Secundaria en Caracas el 17 de octubre de 1916, con la firma de Cristóbal L. Mendoza. La tesis de bachillerato era consecuencia de una reforma de la Ley Guevara Rojas. *“Psicología Comparada. El Tipo Criminal Nato ante la Sana Filosofía”* es el título del trabajo de graduación. Sorprende la erudición de Adriani que revela en el citado estudio. No son frases amañadas para cumplir una formalidad simple. Recorre las páginas de la historia universal desde los más remotos tiempos. Exhuma y compara teorías. Cita los más notables penalistas. Golpea la filosofía materialista y ataca a Lombroso y a sus seguidores. Y saca conclusiones que, para su edad y en su tiempo, sorprenden por su serenidad y claridad.

Era ya un hombre con garra para la lucha de los conceptos.

El 16 de diciembre de 1916, viajó a Caracas. Dejó la ciudad de su primera formación. Vio con intensa melancolía, detrás de su nueva ruta, los nativos campos de Zea. Algún día volvería a las haciendas

paternas de Bejuquero y Guaruríes. A dialogar con los arrieros y peones, con los pequeños comerciantes y con los hacendados. Haría con gran dignidad el oficio de campesino, a pie y a lomo de mula, entre los bovinos y las rojas cargas del cafeto. Y seguiría formándose en el silencio, discreto como en el verso del poema. “Para conversar conmigo, me bastan mis pensamientos”.

IV . los años de caracas

Estoy resuelto a todo por Venezuela; ella es mi madre, de su seno ha salido mi ser y todo lo que es mío; a ella, pues, debo consagrar todos los sacrificios, hasta el de la gloria misma.

BOLIVAR

Dos largos años, cruentísimos, lleva la Primera Guerra Mundial, originada en el asesinato en Sarajevo de Francisco-Fernando, heredero del trono austro-húngaro, el 28 de junio de 1914. Alemania y sus

pequeños satélites por un lado y, de otra parte, Francia, Gran Bretaña y Rusia están en la órbita del conflicto. En el curso fatídico de esos meses, los rusos han sido derrotados en Tannenberg, se ha librado la primera batalla del Marne, ha comenzado la guerra submarina con el hundimiento del "Lusitania" por Alemania; Verdún y el Somme han sido escenarios de monstruosos combates en tierras de Francia; y los aliados presionan sobre los Estados Unidos para que declare la Guerra al Imperio Germano.

Es indudable que, para el universo, comienza una nueva época. El 6 de abril de 1917, los Estados Unidos se alinearán con los aliados. Pero, de marzo a noviembre del mismo año, el ejército y la marina rusos harán abdicar al Zar, a quien sucederá el gobierno transicional de Kerensky hasta que el viejo imperio moscovita caiga en manos de la revolución bolchevique el 7 de noviembre. Si es cierto que la intervención del Pentágono hará inclinar la balanza de la fortuna sobre el campo aliado, en cambio, sobre la tierra se proyecta un nuevo gigante agresivo y peligroso: la Rusia Comunista.

Este es el panorama mundial del primer tiempo de Adriani en Caracas. Le sobran temperamento, frialdad e inteligencia para dilucidar estos fenómenos. Pero, en su país, la situación es poco halagadora. El doctor Victoriano Márquez Bustillos — un abogado trujillano de familia muy distinguida, talla mediana, bigotes ensortijados y astucia muy bien alimentada — sirve la Presidencia de la República por mandato de Gómez y bajo el mandar de Gómez. Será esta una de las frecuentes argucias del caudillo de diciembre. Acentuación de la dictadura y aparición del petróleo,

son dos signos paralelos. Los estudiantes se remueven y el General cierra la Universidad. El "Ejecútese" y el "Refrendado" están a la orden del Jefe. Y las cárceles y el exilio también.

Cuando la Escuela de Derecho volvió a abrir sus aulas, Adriani se incorporó al grupo de estudiantes. No le interesaba la Jurisprudencia como profesión. Pero ¿qué hacer? La economía era una palabra superflua en la Venezuela gobernada por el labriego vidente y valiente de La Mulera.

La promoción de compañeros que encuentra en la golpeada Universidad no es desalentadora. Tiene valores juveniles, de inteligencia muy despierta y de clara ambición científica. Si la política, como es natural, no parece ajena a su conducta, la calidad humana e intelectual de la mayoría promete buenos frutos. Brillarán en la literatura, en el foro y al servicio del Estado. Son amigos y contertulios de Adriani en aquellos días, Mariano Picón Salas, Jacinto Fombona Pachano, Manuel Egaña, Juan Bautista Clavo, Agustín Aveledo Urbaneja, Federico Guevara Núñez, Luis Loreto, Juan Carmona, Enrique Arapé, José Manuel Hernández Ron, José Manuel Padilla y Odoardo Morales, entre otros. A algunos, como en el caso de Leopoldo Ortega Lima, la muerte se los llevaría temprano. Otros salvarían durante veinte años más el tremedal peligroso de la dictadura hasta llegar a una costa de más atrayente claridad, a veces náufragos sobre el bajel espontáneo del miedo y del terror. Profesores en la Escuela de Derecho eran Esteban Gil Borges, Pedro Itriago Chacín, Celestino Farrera, José Santiago Rodríguez y Alejandro Urbaneja, para citar los más notables. Juris-

consultos y humanistas, a ratos los tentó el demonio de la literatura.

Para no aburrirse en un medio estrecho y abúlico, Alberto Adriani discurre en aquel ambiente. Pero no estaba allí su camino, ni complacía en esas disciplinas su vocación. Al contrario, le proyectaban en sus meditaciones la misma sombra resignada de la Venezuela que, en un siglo de desorientación republicana, apenas alcanzaba a culminar en Juan Vicente Gómez. País de un diario recomienzo, de un constante remendar de Constituciones para uso de los déspotas de turno. A pesar de esa situación y, precisamente por ella, Adriani seguía tocando otras ventanas de la inteligencia: las que le hacían mayor falta a Venezuela para mirar hacia soluciones más sólidas y estables.

Conveniencias de la política internacional obligaron a Gómez a nombrar Canciller de la República a Esteban Gil Borges. Por simple temor al ridículo o por otras razones que no es del caso precisar, Venezuela tardaba en ponerse al lado de los Estados Unidos con la declaración de guerra al Imperio Alemán. Corría el riesgo de represalias por parte del poderoso vecino, aun cuando nuestro país jugase el papel de — como dice el proverbio — salir de Guatemala para caer en Guatepeor. Gil Borges tenía amigos poderosos en el Departamento de Estado. Su nombramiento y el cambio de conducta del régimen, fue la solución inmediata a los temores.

Gil Borges era hombre de muy variada cultura, de criterio ponderado y de proceder honesto a carta cabal. Entre sus discípulos, Adriani había conquistado la mayor estimación del maestro, quien le abrió

las puertas de la Cancillería y el tesoro de su confianza. De viejos y empolvados infolios de aquel Despacho, de la correspondencia con las Legaciones y del frío análisis de los asuntos exteriores del Estado, Adriani sacó gran provecho. De la hojarasca, extrajo la raíz. Y empezó a asomarse en forma directa al panorama de un mundo conmovido por los problemas de mayor complejidad.

Si bien, el joven Secretario del Canciller solía alternar fugazmente con sus coetáneos y amigos, Mariano Picón Salas, Jacinto Fombona-Pachano, Juan Miguel Alarcón y Efraim Cayama Martínez, en los corredores del Ministerio o a la salida del Despacho, no es menos cierto que sus diálogos parecían más bien monólogos. Seguía siendo el montañés callado, modesto, ajeno a la publicidad y a la audacia desordenada de la juventud. Prefería la elocuencia muda de los papeles. La varia sabiduría de los libros. Su amigo de infancia, el escritor Rafael Angel Rondón Márquez recoge en hermosa nota necrológica sobre su conterráneo la siguiente anécdota: “Y bien recuerdo que una vez el doctor Gil salió de su despacho para dar una orden a Adriani y le encontró sobre el escritorio un ejemplar del “Arte de Amar”, de Ovidio. Ya Adriani tenía fama de austero y dijo el doctor Gil Borges: “El bachiler Adriani cuando lee inmodernidades las lee clásicas”.

Así era. Al revisar la corta obra que dejó el frustrado estadista y al saborear su estilo preciso en el que faltan los errores y no sobran las palabras, se advierten las raíces profundas de su formación cultural. De haberse dedicado a las letras, hubiera sido uno de los grandes clásicos de nuestra Venezuela.

La individualidad que alentaba en su pensamiento, el cultivo acentuado del criterio y el saber que los conceptos no pueden ser estáticos si pretenden salvar los mutables escollos de la vida y de la filosofía en el campo de lo profano, eran condiciones que lo alejaban de esos intelectuales de docilidad automática, quienes asimilan teorías discutibles, como si fueran dogmas de fe y tienden, con lastimosa suficiencia, barreras de sectarismo entre sus ideas y las ajenas.

A medida que avanzan aquellos años caraqueños, Adriani siente cada vez con mayor insistencia la necesidad de irse al extranjero. La primera guerra mundial ha terminado. Los catorce puntos de Wilson — el Tratado de Versalles, en suma — no ofrecen perspectivas de mejorar al mundo. El imperialismo ya asoma nuevas caras. Y Venezuela sigue siendo un país cerrado, proclive a la dominación, buen pagador de sus deudas y mejor servidor de los poderosos.

En 1921 habrá de celebrarse el centenario de la batalla de Carabobo, con fiestas rumbosas y rimbombante despliegue de oratoria oficial. En Nueva York se inaugurará en tal oportunidad un monumento a Bolívar, con asistencia del Presidente Warren G. Harding. El grano de sal sobre la boca del súbdito. El Gobierno de Venezuela envía una lujosa Delegación al país del Norte. La preside el doctor Esteban Gil Borges. Como Secretario viaja Alberto Adriani. De manera alguna, regresaría pronto. En sus papeles llevaba el nombramiento de Cónsul en Ginebra.

Una vez más, Gil Borges ratificaba su esperanza en el porvenir del joven merideño. En tal oportunidad escribió a Don José Adriani una carta que, por su propia elocuencia, vale la pena transcribir:

Caracas, 14 de marzo de 1921

Señor José Adriani.

Zea.

Estimado amigo:

Me es muy grato comunicarle que el Gobierno ha designado a Adriani para desempeñar el Consulado de Venezuela en Ginebra. Es precisamente porque Ginebra es hoy el asiento de la Sociedad de las Naciones, que se le asigna a este Consulado mucha importancia, y que se ha buscado para ejercerlo una persona que como Adriani tenga las superiores condiciones de capacidad, de laboriosidad, de honorabilidad y la suficiente preparación. Por todas estas cualidades él merece la plena confianza del Gobierno. Es indispensable que los jóvenes que reúnen, como Adriani, estas excepcionales condiciones, vayan al extranjero a acabar su preparación para ser mañana útiles al país. No dudo que esta designación será grata para usted porque ella significa honor, aprecio y ventajas futuras, para quien como su hijo ha merecido esas distinciones. El espera su consentimiento, y yo me permito solicitarlo de Ud., porque jamás se presentará una ocasión de preparar su porvenir en circunstancias tan favorables como las que hoy se le ofrecen.

Lo saludo muy cordialmente y me congratulo con Ud. por esta designación.

Su atento servidor y amigo,

E. Gil Borges

La suerte le haría una mueca desagradable. En el fondo ¿qué importaba? Adriani era ya un destino en marcha.



A fines de marzo de 1921, Adriani viajó a Norteamérica con la Delegación acreditada ante el Gobierno de Washington para las ceremonias de inauguración de la Estatua del Libertador en Nueva York. Sus amigos le acompañaron hasta el viejo y estrecho muelle de La Guaira. Dejaba su Venezuela para ir al encuentro del mundo. El amado país seguiría, como hasta entonces, gravitando en sus sueños de reforma y de grandeza.

Para los muchachos de su generación, la partida de Adriani fue un acontecimiento. Hasta en el mensaje difícil que traslucía de sus permanentes monólogos era un joven maestro. En carta que le envía Mariano Picón Salas al nuevo destino, se traduce aquella fraternal inquietud, no exenta de juvenil curiosidad. Es un documento que, en parte, revela ya el temperamento del que llegará a ser también un valor sustantivo de Venezuela. Leámosla:

“Caracas: junio 11 de 1921.

Querido Adriani:

Si los deseos fueran realidad, esta carta mía sería la trigésima o cuadragésima y no la segunda que te escribo. Pero no he podido, no precisamente por exceso de trabajo que me conoces bien y sabes que yo amigo y devoto de otro género de excesos soy tempe-

rante en lo que toca a trabajar sino por sobra de neurastenia, de fastidio. Tienes ya tres meses de haberte ido y si regresaras me encontrarías en el mismo sitio y en la misma actitud de espíritu en que me dejaste: por sobre mi cuarto y mis libros pasa de semana en semana alguna buena mano compasiva que ~~alinea~~ las cosas y les quita el polvo, pero luego vuelven a sumirse en el desorden que tú tan bien conoces. Mi pereza, mi falta de energía, mis caídas no tienen cura. Sin embargo a veces lo intento y entonces trabajo con tesón tres, cuatro, cinco horas. En estos días he estado preparando unas notas sobre la evolución de la literatura hispanoamericana que me pidió el Ministro de Instrucción Pública para unos profesores norteamericanos que vendrán en julio a hacer, bajo el Avila, un curso de verano. Quisiera que estuvieras aquí para leértelas pues como tú lo sabes — siempre que un recóndito motivo sentimental no me lo impide — acato como muy certeras y muy armoniosas tus observaciones. ¿Y de tu vida? Tu vida ha sido muy pública en estos tres meses: por todas partes el Secretario del Sr. Ministro de R. E., en los periódicos que venían de los Estados Unidos. Banquetes, baile, giras por los Estados de la Unión. Me contenta la publicidad de esa vida porque quizá te haya sido muy provechosa; habrás gozado sin duda porque por más meditador que sea uno, por más libros e ideas que haya tragado, siempre se es un joven. A Clavo le cuentas con frases escandalosas el encanto de las criollas de Cuba:

*Poesía dulce y mística,
busca a la blanca cubana*

*que se asomó a la ventana
como una visión artística.*

.....

*Llena de un prestigio asiático,
Roja, en el rostro enigmático,
su boca púrpura finge.*

.....

*El resplandor de una estrella
que fuese alma de una Esfinge!*

Y te ha convenido porque tu temperamento es de los que rehusan la publicidad, no, concediéndole la ninguna importancia que ella tiene en un país como el nuestro donde la Mentira es constitucional, sino con un temor casi pueril, lo que te convierte a tí mi grave y sobrio amigo, en una especie de Alarcón a la inversa. Se me ocurrió en este momento la disparatada analogía y no quiero pasar esta carilla de papel sin enunciártela. Alarcón cuando ve en un periódico que le dicen a Fulano "que es un elemento descollante de la juventud intelectual o cualquier otra necesidad por el estilo" se deplora y se lamenta porque no se lo dicen a él a pesar del "Poema de las Margaritas". A tí te da temor de que te lo digan por no creer merecerlo o por los comentarios de la gente. Y una de las más eficaces maneras de entrarle en nuestro país a los burgueses, los generales, las señoritas y otro *animales* de análoga familia espiritual es por medio del periódico.

De todos los sucesos y vulgaridades de la urbe te creo bien informado por los periódicos capitalinos. Cayama me dijo que te había escrito un *Memoran-*

dum a propósito de ciertos asuntos. Se preparan grandes fiestas para Carabobo. Los dos panejiristas de nuestros héroes escogidos por el Gobierno Nacional son Vicente Dávila y el Dr. Urdaneta Maya.

Yo todavía en la Biblioteca hasta el 22, fecha en que esperamos al Dr. Gil y demás miembros de la Misión.

Nada más por hoy. Espero una tuya muy larga. Me has compuesto con sintéticas tarjetas postales. Te abraza,

Mariano

Copiada textualmente, con su ambigüedad y su ortografía original, esta carta del Picón Salas de los años 20 años es ya el doble retrato de dos venezolanos de profunda significación en la vida nacional. Sus rasgos inicales no cambiarán. Adriani continuará en ascenso más apegado a los hechos que a las palabras y a los halagos. Picón Salas no perderá su espíritu crítico — autoocrítico también — que nutrirá sus grandes libros y su polifacético talento.

Diez años después, Adriani regresará a Venezuela, nuevamente hambriento de campiña, de soledad, de meditación y de sencillez modeladora y útil. Al dejar el barco en La Guaira, pasará por Caracas, con aire campesino, rumbo a su nativo Zea, ansioso de recrear sus visiones agrestes de la pradera suiza en las vegas indígenas de Murmuquena.

V · la universidad del caminante

Es necesario prepararse para los días que pueden venir. Todo debe crearse en Venezuela. En la instrucción, en la economía pública, en la prensa, etc., hay puestos y tarea para cíclopes. Mañana, si el destino lo quisiera, toda la maquinaria del Estado podría estar sobre los hombros de nuestra generación. Es necesario aperebirse desde ahora de esa posibilidad.

ALBERTO ADRIANI

(De carta a Picón Salas, Ginebra 4 de diciembre de 1923).

La estatua del Libertador quedó inaugurada en el Central Park de Nueva York. El Canciller Gil Borges pronunció el discurso de orden. Escritor de estilo admirable, historiador y sociólogo de profunda

cultura, mentalidad de cristiano acento filosófico y patriota a toda prueba, la pieza leída en aquella mañana del verano de 1921 en la gran metrópoli de América es una de las más perfectas y puras oraciones que pluma alguna haya concebido en memoria del Padre de la Patria. La obra de aquel titán de la epopeya, la profética visión del estadista y su grandeza en la hora fría de la renunciación refulgen en aquellas páginas de la más acabada elaboración.

Antes de ocupar la silla de Seijas, Gil Borges había servido a su país en numerosas y responsables misiones diplomáticas, por ascensos normales desde los cargos de menor jerarquía en Legislaciones y Consulados. Entre los años de 1908 y 1920, brilló en la Universidad Central como Profesor de la Cátedra de Historia y Filosofía del Derecho y abrió los Cursos de Especialización Diplomática. Algún comentarista de su obra escribirá años después: "Sus discípulos de aquel tiempo lo evocan como un Taine o un Fustel de Coulanges que hubiera nacido en nuestras tierras tropicales, pero que sabe enseñar con el cuidadoso estilo, la clara síntesis y la esmerada documentación de los maestros de Francia". Obras como "Ideas sobre la Filosofía del Derecho", "Lecturas Académicas" y "El Símbolo", así como "La Vida del Derecho", que dejó inédita, hermanaban al humanista y al esteta en sus más armoniosas dimensiones.

Para una estructura mental, poblada de tan salientes virtudes, la patria era un deber y era un trabajo. Y las palabras que, en la pluma y en la boca de Bolívar, habían edificado las bases jurídicas y sentimentales de los pueblos por él libertados, no podían

ser condenadas al ardor del holocausto adulatorio de caudillos primarios, ni consumirse en la pira desvergonzada que América levantaba, de norte a sur, en honor de todos los jinetes de la opresión. En un hermoso ensayo titulado "Destino de las Ideas", Gil Borges trazaba con magistral valor los deberes éticos del hombre público. Era la suya una cabeza poblada por una gran conciencia.

El nombre del General Gómez no apareció en el discurso del Canciller. Bolívar quedaba solo, con su gloria y con su obra, en aquella oración magnífica del austero humanista. Conmovióse la oratoria profesional de Venezuela. En los oídos del Caudillo de Diciembre se agolpó el grito de protesta de los consagrados *pico de oro* de las patrias epopeyas. La ola furiosa de los agravios al Jefe empezó a caer con los aguaceros de junio bajo el cielo tropical. Y el maestro Gil Borges conquistó la cima del equilibrio ético y perdió la silla del Ministerio de Relaciones Exteriores. Volvería a ocuparla con mayor prestancia a la muerte del viejo Dictador de Las Delicias. Si bien, el doctor Pedro Itriago Chacin, el modesto Canciller del llano, había mantenido con discreto pulso el estilo que su amigo y compañero imprimiera a los negocios de la vieja casa, quedaban mucho polvo y telarañas para desalojar, en quince años en que la buena voluntad y el talento no pudieron sustraerse a los periódicos embates del empirismo.

Volvería Gil Borges al Despacho, ya nevada la cabeza pequeña y sabia, tímida la sonrisa del atardecer fecundo y alta la filosofía de un alma fuerte y generosa.

Cumplida la misión en Norteamérica, Adriani embarcó para Europa. No escapaba a sus presentimientos la suerte inmediata que habría de tocarle. Su gran amigo y protector, el Doctor Gil Borges, pasaría de Canciller a exilado. A su regreso a Caracas, Gómez prácticamente lo ignoró y puso oídos sordos a las sugerencias que se le hicieron para que lo recibiera. La política aldeana escapaba a su encuentro, como si se tratara de un enfermo contagioso. Curiosa paradoja, sólo le visitaban el Ministro norteamericano y el Encargado de la Cancillería, Doctor Itriago Chacin. Gómez lo sabía y, para no causar desconcierto, aprovechó sabiamente esta coyuntura. En lo que dice a Adriani, era simplemente el ex-Secretario de Gil Borges, elevado a la categoría de Cónsul en Ginebra.

Fue designado, pues, nuevo Ministro de Relaciones Exteriores el doctor Pedro Itriago Chacín, de viejas y distinguidas familias de los llanos orientales del país, a quien los venezolanos recuerdan como el canciller del llano o el canciller de Zaraza. Era Consultor Jurídico del Ministerio confiado a la sabiduría de Esteban Gil Borges. Escritor, jurisconsulto y profesor universitario, gozaba del justo aprecio de sus compatriotas. Autor de "Esbozos Literarios y Jurídicos" y "En la Cátedra", libros de consulta para los estudiosos del Derecho y de prosa amena para el simple lector, su nombramiento para reemplazar al doctor Gil fue, dentro de aquel estado de cosas, el más sensato. Si no escaseaban en el elenco burocrático del Servicio Exterior muchas nulidades apoya-

das, también disponía el régimen de hombres notables en la representación diplomática, con prestigio intelectual y con pericia en los negocios extranjeros, como José Gil Fortoul, Diógenes Escalante, Caracciolo Parra Pérez, Santiago Key-Ayala, Aristimuño Coll, Julio Sardi, Pedro César Dominici, César Zumeta y otros que la frágil memoria desliga del recuerdo. Es preciso reconocer que el régimen del General Juan Vicente Gómez nunca fue mezquino en estas selecciones.

Tres meses cortos pasó Adriani al frente del Consulado de Venezuela en Ginebra. Su destitución no le cayó por sorpresa. El la esperaba estóicamente. Una carta de Itriago ratificaba discretamente las razones. "Usted sabe — le expresaba — cómo son las cosas en este país y me veo en la necesidad de reemplazarlo. Pero aprovecharé la primera ocasión para utilizar sus buenos servicios". Con la fina carta del Canciller, recibió el 18 de septiembre de 1921 la nota oficial que contenía la resolución del retiro de sus obligaciones.

No eran ni el Consulado ni otras funciones burocráticas el aliciente de su vida en Europa. Le interesaba sobremanera el ambiente físico, humano, social y económico de los pueblos que gravitaban, en procura de grandes soluciones, en torno a la joven Sociedad de Naciones. Le inquietaban el movimiento de las ideas filosóficas y las transformaciones económico-sociales que la postguerra señalaba a un mundo caótico e inseguro. Se encontraban allí los hombres de todas las naciones que buscaban en la Liga de Ginebra una respuesta a su seguridad en el porvenir, frente a las ambiciones de las potencias triunfantes,

ansiosas de recuperar en territorio y en mercados su aportación a la derrota del Imperio Germano. Desde la penumbra de las tardes ginebrinas, se veía proyectar en la distancia la marcha de las camisas pardas y de las camisas negras y de los puños cerrados con los brazos en alto.

Si los puntos del Pacto de Versalles se disgregaban en el panorama de una nueva frustración, que quizás no advirtieran en su hora ni el Presidente Wilson ni el "Tigre" Clemenceau, los pueblos vivían la justa locura de cambiar sus oxidados moldes, aun cuando les tocase renunciar al ritual gastado de la tentadora oferta democrática, para trocarlo por las duras fórmulas totalitarias. De las propias bases del pasado armisticio, surgía ya la amenaza de la segunda guerra mundial.

Para la mentalidad investigadora de Adriani, aquel momento era apasionante. No podía encontrar mejor campo de aprendizaje. Ginebra era la nueva Escuela. Europa, el mundo todo, la ampliación del escenario. En estas circunstancias, reanudó en la Universidad ginebrina los estudios de Ciencias Económicas y Sociales.

La parquedad en la conversación y la aversión a la manía gesticulante significaban en Alberto Adriani el conocimiento profundo de las palabras y el uso adecuado y preciso de los conceptos. Para hacerse comprender no necesitaba ni las manos ni el despliegue teatral de las facciones. Sin embargo, iba directo al contacto con las inteligencias que podían dejar en su vida algún sedimento de principios útiles. El mismo lo confesará en carta dirigida al doctor Euardo Arroyo Lameda, a propósito de la desvalorización

del bolívar: "Créame sincero cuando le digo que tan solo me considero un humilde estudiante, deseoso de aprender. A mí me sucede, como debe sucederle a Ud., que me incomodan ciertas críticas provenientes de personas que ni siquiera intentan estudiar las cuestiones antes de opinar; pero nunca me disgusta, por el contrario, me agrada la crítica que viene de personas que tienen algo interesante que decir, después que le han dedicado siquiera poco esfuerzo".

En otra ocasión, señala: "Ante la imbecilidad, hasta los dioses se tornan impotentes".

La Ginebra de aquellos días le ofrece, en el trato con las figuras representativas de un mundo convulsionado, muchas posibilidades de aprovechamiento mental. Por las Oficinas de la Liga de Naciones desfilan prestigios tan probados como los de Aristides Briand, Benes, Venizelos, Van Zeeland, Carlos Sforza, Titulescu y muchos otros. No perderá ocasión para escucharles, e inclusive, como en el caso de Benes, creador con Thomas Masaryek de Checoslovaquia, de plantearle problemas relacionados con la organización mundial y el destino de las pequeñas naciones. El sabe que hay países pequeños, pero no pequeñas naciones, en los planos del Derecho Internacional.

Un observador tan agudo como él no es proclive al empleo del sofisma para forjar conclusiones sobre el inmediato porvenir de los pueblos. El nazi-fascismo no es una perspectiva borrosa en el presentimiento de aquel estudiante organizado. Ve asomar también el puño totalitario en las tierras inmensas de la Rusia liberada de los Zares. Siente, por anticipado, que se derrumban los patrones económico-sociales en

aras de una hipotética equidad en beneficio de todos los pueblos. Desde entonces, esa perspectiva, queda fijada en su criterio. Pudiera en aquellos años del 21 al 24 haber escrito y firmado la carta que, desde Zea, enviaría diez años después a su amigo Manuel Arocha, Secretario de la Delegación de Venezuela ante la Sociedad de Naciones, en la que le decía:

“He seguido con atención los sucesos de Europa, pues eso sí, no he dejado de recibir revistas y periódicos de los Estados Unidos y de Europa. Francamente te diré que ya no creo en la cooperación internacional. La experiencia de Londres ha desvanecido la fe de los creyentes más obstinados. No hay duda de que todos los Gobiernos están decididos a afrontar la crisis económica en el terreno nacional, con medidas de carácter nacional, aún cuando se den perfectamente cuenta de que es solo mediante la cooperación internacional como puede restablecerse un alto nivel de prosperidad. A mi me parece que el nacionalismo económico — y el no económico — es en las condiciones del mundo moderno completamente inconveniente, pero hay una crisis que es necesario vencer y hasta ahora toda tentativa para organizar la cooperación internacional ha sido infructuosa. Se comprende que los hombres que tienen la responsabilidad del poder se hayan decidido al fin por el nacionalismo.

“He seguido el duelo de Mussolini y de Benés. Reconozco que Benés es un grande hombre de Estado. Pero, desgraciadamente, solo tiene por detrás un pequeño país dividido, y las alianzas lo obligan a asociarse a la política francesa, que es una política miope y sin audacia, dirigida solo a conservar la

privilegiada posición que le dieron la victoria y el Tratado de Versalles. Es posible que las ideas de Mussolini no sean tan elevadas como las de Benés, en el sentido de que están inspiradas más por el interés de Italia que por el interés de Europa. Aún cuando Benés tampoco olvida los intereses de Checoslovaquia. Pero hasta ahora Mussolini ha mostrado tener más audacia que Benés, su política se ha adherido más a las realidades europeas, y ha conseguido mayores resultados. Es posible que por otra vía se vaya a la cooperación internacional, por lo menos en el campo reducido de Europa, una cooperación obligada. En la sociedad internacional, como en la sociedad nacional, no es posible una cooperación durable sino mediante la coacción. Es la hegemonía de Atenas, Roma, Francia, Inglaterra, etc., la que hizo posible largos períodos de cooperación y de paz. Quién sabe que otra hegemonía asegurará la cooperación de Europa y del mundo”.

El nacionalismo, con diferentes signos, comparecía en el escenario mundial. Las potencias triunfantes en la Primera Guerra Universal no habían previsto en toda su dimensión determinante el fenómeno. No habían seguido en la rueda de la fortuna ni en el azar de la ruleta cósmica otros intereses que los suyos. Sin Alemania — entonces como hoy — no podría afirmarse la ley del equilibrio en Europa. La Italia atrasada, dividida y empobrecida aún percibía en el eco de su historia los clarines del Imperio Romano. “Civis romanus sum”. Soy un ciudadano de Roma. Parecería ingenua esta alusión, pero los dictados de la historia nunca han perdido poder de sugestión en las diferentes épocas del mundo. Porque Turquía

había sido asiento de un antiguo y fuerte imperio, Kemal Pacha encontró bases para abonar la corriente nacionalista y para volver a poner a su país en el camino de una moderna civilización sobre la estratégica encrucijada eurasiática.

Dentro de aquella atmósfera de contradicciones, de intereses imperialistas y de intereses defensivos, todos marcados con la etiqueta nacionalista, de un capitalismo avasallante y de una masa organizada, Adriani examinaba así los fenómenos, las causas y los resultados de la situación que primaba en el mundo: "El capital sin trabas se concentró en grandes organizaciones, a veces colosales. Las masas organizadas se asociaron en poderosos sindicatos. Estas organizaciones capitalistas y obreras se hicieron tan poderosas que acabaron por constituir Estado dentro del Estado y convirtieron la política en una actividad marginal. El estado liberal, agnóstico en economía, indiferente en política y en moral, cuya norma era gobernar lo menos posible, que no concebía sino al individuo aislado, no sabía defenderse de esos grupos que lo atacaban. Los conflictos sociales vinieron a demostrar que *el individuo aislado no existe, es una abstracción*. Sus intereses serán siempre los del grupo o grupos de los cuales forma parte. En consecuencia de esta verificación, y respondiendo a necesidades y aspiraciones de ciertas sociedades actuales, el nuevo Estado es anti-individualista, anti-parlamentario, anti-liberal, intervencionista y autoritario".

Al referirse a la autarquía económica y analizar a la vez, con sólidos razonamientos, la política de economía cerrada y la de comercio libre, concluye

en que "lo realmente importante es una política que aumente la vitalidad nacional". Por contraste con la ambición nacionalista de los países débiles, no oculta la perspectiva inmediata de la influencia de grandes naciones en los procesos mundiales del intercambio económico y comercial. Entonces escribe: "Se puede estar seguros de que la economía cerrada es imposible en los pueblos pequeños y en los que ahora recorren las primeras etapas de su evolución económica. La opinión muy generalizada es que durante un período, que puede ser largo, se desarrollará el comercio imperial y transcontinental. Se redondearán grandes áreas capaces de controlar la más completa variedad de recursos, dentro de las cuales la vida económica puede alcanzar la mayor diversificación posible, donde puedan trabajar con el máximo rendimiento las grandes industrias de producción en masa. La mayor parte de estas áreas imperiales las tenemos ya a la vista: el Imperio Americano, el Imperio Ruso, con su nueva etiqueta de Unión de las Repúblicas Soviéticas, el Imperio Británico, el Imperio Nipo-Chino, en formación avanzada. Son estas las agrupaciones humanas que van a ser los grandes actores de la historia por venir. En ellas se vivirá la vida más intensa y se emprenderán los proyectos más incitantes".

¿No es esta, a largo alcance, la voz de la profesía?

Alberto Adriani tenía una mentalidad universal. Pero la formación que lo llevó a abarcar, dentro de su inmensa y acelerada inquietud, la suma de experiencias del mundo en que vivía, estaba proyectada hacia su extraordinaria preocupación por Venezuela.

No han faltado detractores que han pretendido, a través de la mala lectura de los escritos del gran venezolano, sorprenderle supuestas inclinaciones al fascismo. Adriani era cerebral. Sabía cuáles eran las gamas y las zonas de influencia de los nacientes Estados totalitarios, llamáranse fascismo o comunismo. Pero esos mismos detractores, para los que el simple análisis ya significa connivencia y hasta pintoresca complicidad con las doctrinas y los hechos comentados, son muy perezosos y casi ciegos para advertir en el magnífico ensayo titulado "La Nueva Alemania y Walter Rathenau", enviado desde Ginebra en 1922, la clara emoción que sobrecoge a su autor ante el resurgimiento democrático de la patria de Goethe.

El aislamiento de Adriani del suelo patrio le fortalece en la indagación de los problemas del mundo entero la pasión de su país y de América. A ratos piensa en un patriotismo americano, inyectado por una conciencia eficaz y beneficiosa del nacionalismo. Actualiza el ideal bolivariano de la unidad continental. Se detiene en las proyecciones del Estado ideal creado por Bolívar y escribe: "Es oportuno que las tres naciones que formaron la Gran Colombia, centinelas del gran bloque meridional, establezcan ciertas colaboraciones, que desarrollándose progresiva y metódicamente las incorpore en el potente Estado que soñó el Libertador".

En obra tan corta, como la que va escribiendo — como la que dejará a la postre en vida tan rápida — sorprende hallar conceptos y alusiones sobre los pueblos más diversos, en lo que guarden de relación con las posibilidades y necesidades que le sugiere

el futuro proceso de transformación de Venezuela, para el que se prepara con tan noble carga de esperanzas. No sólo le fascina la materia económica en las perspectivas nacional e internacional y en sus relaciones de interdependencia. Sabe — y lo asegura, lo proclama en artículos y en la relación epistolar — que la obra de construcción de un pueblo, de su gran pueblo, comprende la solución de los problemas nacionales más heterogéneos y complejos, como son la educación, la salud pública, la asistencia social, el fortalecimiento de la raza, la vialidad, la formación del espíritu público y, como factor fundamental, la justicia social.



Los años de Adriani en Ginebra transcurren plenos de aprovechamiento entre los estudios universitarios y el trabajo de Secretario de la Delegación de Venezuela acreditada ante la Sociedad de las Naciones, donde actuó, con la eficacia que le caracterizaba, en tres reuniones. Itriago Chacín había cumplido la promesa. Y el joven venezolano había hecho honor a su país, a su generación y al propio organismo internacional.

Aprovechó las vacaciones y los tiempos libres para visitar Francia, Italia, Suiza y otros países del Continente. Son admirables las notas y apuntes que dejó en cuadernos y cartas a los amigos sobre la impresión que le produjeron aquellos pueblos. En algunos de esos escritos, aflora sobre el talento del hombre concreto la huella de la poesía. Sugiere, con deliciosa elegancia, los finos acentos del huma-

nista. Evoca, en bello paralelo, la ciudad lejana de la adolescencia, escondida bajo el arcoiris de las nieves andinas:

“Ginebra, con su Sociedad decididamente cerrada y conservadora, vivero de instituciones puritanas, al pie del Monte Blanco, costeadada por el Azve impetuoso que corre al pie de sus colinas, me recuerda en su espíritu y en su naturaleza a la lejana Mérida. Muchas veces he pensado en esa identificación de las dos ciudades que van a jugar un papel considerable en mi vida”.

En 1925 se trasladó a Londres. Allí pasó un año de absoluta entrega a estudios e investigaciones de carácter económico, circunstancia que no fué óbice para que su pasión de Venezuela le diera la oportunidad de hallar en la ciudad del Támesis la ubicación del Archivo de Miranda. Adquirió los numerosos documentos el Gobierno del General Gómez, pero la paternidad del descubrimiento la usurpó el amigo a quien Adriani confiara la suerte del hallazgo.

Es un dato más que revela el sentido de la grandeza del joven estadista. Se dio por bien servido al contribuir en este caso a cimentar la gloria del Precursor. Y quizás apenas confió a la intimidad de un amigo la verdad del hecho.

En 1926 llegó a Washington llamado por el doctor Esteban Gil Borges, quien, por sus méritos de capacidad y de prestigio, había escalado la Secretaría de la Unión Panamericana. El doctor Gil había mantenido correspondencia regular con su antiguo discípulo y secretario y sabía de la conmovida huella de Adriani en tierras de Europa. De acuerdo con el doctor Leo S. Rowe, Director General del Organismo, le

confió el cargo recién creado de Jefe de la División de Cooperación Agrícola de la más elevada institución interamericana.

Es curiosa la vinculación cultural de Adriani al mundo anglosajón. Los estudiantes venezolanos que salían al Exterior preferían ubicarse en Francia, España e Italia. No saltaban las colinas de la cultura latina. En cambio, la formación de nuestro compatriota, sin excluir la encrucijada helvética, se nutre de fuentes alemanas y saxoamericanas. La Suiza de Amiel, la Alemania de Goethe, la Inglaterra de Shakespeare, los Estados Unidos de Withman eran patrias que, desde la profunda garganta de sus filósofos y de sus poetas, habían alentado las condiciones creadoras de sus hijos y el prestigio ascendente de los Estados. En el estudio y el conocimiento de esos pueblos, se fue compactando su vocación de estadista. Y, paralela a esta formación, crecieron en su inteligencia las más firmes ramas del humanismo, por contraste, como él escribiera, con “aquella juventud raquítea e ineficaz que tanto abunda en nuestro país, que teje estrofas a la luna y a las princesitas lánguidas, gastadas por la tisis, que hace paradojas y que infla sus hipérboles”.



Washington fué la última larga escala de Adriani, antes de regresar a Venezuela.

Tiene la hermosa ciudad los mejores alicientes para el desarrollo de una mentalidad inquieta. Es simple y es bella. Nada le falta. Ni el prodigio de la flor, que exhiben los cerezos, viajeros desde el *Japón*

heroico y galante. Ni el discreto rumor, elocuente y filosófico de las aguas, que regala el Potomac. Ni la silueta sobria, fina y airosa de sus avenidas, parques y edificios, modelada para encarnar la capital de una gran nación. Si perduran en los monumentos, también dialogan en sus grandes sombras las figuras estelares de Washington, Lincoln, Jefferson y Grant. Cerca está Mount Vernon, la casa histórica del gran Padre tutelar.

La casa de la Unión Panamericana ofrece delicados aspectos y escenarios de todo el Continente de Colón. En soledad y en monólogos, que nadie determina y el eco no difunde, Adriani se habrá preguntado muchas veces cuál es la América y dónde está la unión. Frente a la estatura del gigante, pasa inadvertido el brazo que llega hasta el Río Grande; y, al sur, se esconde tímido, pobre y estrujado, un grande corazón.



En los tres años largos que pasó Adriani en Washington realizó una tarea ordenada, sensata y útil, en relación con el estudio de los problemas de la agricultura en el Continente. A nueve años de su prematura desaparición, el Director General de la Unión Panamericana, doctor Leo S. Rowe, dejó clara constancia de aquella obra en documento en que escribía:

“Fue un insigne venezolano el Sr. Dr. Alberto Adriani, quien inauguró las actividades agrícolas de la Unión Panamericana; y no puedo menos que re-

cordar con emoción muy sincera el entusiasmo y la eficacia con que colaboró en la preparación de la Primera Conferencia Interamericana de Agricultura. El doctor Adriani fue mi dilecto amigo y compañero de labores durante su permanencia en Washington, y su desaparición en plena juventud fue sin duda una gran pérdida para Venezuela. A pesar de su corta actuación pública — como la primera persona que ocupó la cartera de Ministro de Agricultura y Cría y más tarde como Ministro de Hacienda — dejó huella imborrable de buen patriota y hombre de ciencia y de ideas avanzadas, y sobre todo de fervoroso estimulante de la juventud y de trabajador incansable”.

Como elementos básicos para la divulgación y la consulta, el Jefe de la División de Cooperación Agrícola de la Unión Panamericana, doctor Adriani, creó el Boletín del Organismo y enriqueció la Biblioteca con libros, revistas y folletos relacionados con la agricultura en América. Aquel trabajo era de vasto alcance. Vislumbraba los más complejos procesos de la experimentación y la producción rurales, en relación con las necesidades de los pueblos, los fenómenos de intercambio y la oferta y la demanda en los mercados internacionales. Junto a la necesidad inaplazable de la educación agrícola y de la incorporación de la ciencia a los procesos de la producción, comprendía el estudio de los mercados de consumo, el aporte de una vialidad barata y desarrollada, el crédito fácil y oportuno, la prestación de asistencia técnica, la protección de los recursos naturales, la obra común de la colonización con nativos e inmigrantes y los planes futuros de la industria de transforma-

ción, con el aporte y el beneficio de la empresa privada.

Si Norteamérica, por sí sola, era capaz de convertir en hechos ese amplísimo esquema de planificación, las pequeñas naciones de América Latina sólo podrían enfrentarlo sobre la base de la cooperación. La urgencia de tal procedimiento quedaba expresada en sus escritos de aquellos días de labor febril:

“En América, el desarrollo de la agricultura depende también de la difusión de la ciencia agrícola y de los organismos de investigación y experimentación. Solo así podrán aquellos países hacer mas económica y mas productiva la explotación del suelo, invertir con provecho el capital nativo y extranjero, atraer la inmigración conveniente y ponerse, en fin, en condiciones de competir con otros continentes en los mercados mundiales. Para potenciar los beneficios de tales instituciones, es necesario que se establezca, de algún modo, un órgano de cooperación, que impida los despilfarros que implica la duplicación de esfuerzos, ayude a la coordinación de los institutos de enseñanza, investigación y experimentación que se establezcan en los diferentes países, y procure, sobre todo, el estudio sistemático de los problemas de la agricultura en relación con la economía de todas las naciones de América”.

Esa fue la labor que se impuso en la Unión Panamericana. Esos fueron los postulados llevados en estudios, ponencias y resoluciones a la reunión de la Primera Conferencia Interamericana de Agricultura, Selvicultura e Industria Animal reunida en Washington en 1930. Los mismos precedentes siguieron en ascenso en la II Conferencia reunida en México

en 1935 y en la Tercera, que tuvo por sede a la ciudad de Caracas en julio de 1945.

Huella imborrable dejó Adriani en aquel Organismo de las Américas. Tenía el mas preciso sentido de la Organización. Actuaba, como si mirara ya a un panorama de pueblos mas crecidos, de razas mejor conformadas y educadas, de Gobiernos con un más racional concepto del poder, de la autoridad y del progreso.

Si la experiencia adquirida en sus años pasados en Europa y en Norteamérica satisfacía muchas interrogaciones de su inteligencia de hombre europeo, nacido en el trópico y hecho tropical, ya podría hacerse tarde para poner al servicio de Venezuela su densa preparación.

Ya había visto de cerca el movimiento de las fuerzas empeñadas en controlar para su provecho el pulso de los pueblos débiles. No se reconocía hecho para la vida muelle de la burguesía y para el tráfigo ensordecedor e inútil de las grandes ciudades. Le empujaba el presentimiento de la vida corta e inactiva. Esta obsesión le haría escribir: “Todo el mal de mi vida lo constituye el tiempo que vuela y que envejece, y el temor de que esta vida se prolongue, y al prolongarse me vuelva filisteo. Pero me someto al destino”.

El era ya un campesino de regreso a su lejana y silenciosa heredad. Un maravillado de la naturaleza y de su poder creador y bondadoso. Su nacimiento, su formación, su vida toda, ratificaban el pensamiento de Alfred North Whitehead, el viejo y sabio Profesor de Harvard: “La filosofía comienza en el maravillarse. Y, al final, cuando el pensamiento filosófico ha dado lo mejor, la admiración persiste.

La existencia es actividad que se funde constantemente en el futuro. El fin de la comprensión filosófica es penetrar la ceguera de la actividad respecto a sus funciones trascendentes”.

En Ginebra, en Londres y en Washington ha vuelto a leer a Juan Bautista Alberdi, cuyo pensamiento de estadista siente como un mandato irrenunciable: “Debemos constituirnos, si nos es permitido ese lenguaje, para tener población, para tener caminos de fierro, para ver navegados nuestros ríos, para ver opulentos y ricos nuestros Estados. Los Estados, como los hombres, deben empezar por su desarrollo y robustecimiento corporal. Es necesario que haya un tipo nuevo, humano. El tipo de nuestro hombre debe ser para vencer el grande y agobiante enemigo de nuestro progreso, el retraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro Continente”.

Adriani superaba en cultura al autor de las “Bases”. Le igualaba en pasión y en ardor por el destino de su país. Tenía claro el escenario de la gran transformación que hervía en sus proyectos.

El primer problema radicaba en el propio espíritu retardado y abúlico del venezolano, en una como fatiga del poblador que lo reducía por fatalismo y por resignación a la mas destructora pasividad. Para curar el mal de ese atavismo precisaba estimular con todos los recursos disponibles una inmigración conveniente en la edad de producción, de los veinte a los cuarenta y cinco años, integrada por técnicos, agricultores, industriales y obreros, con cuidadosa exclusión de los anarquistas, agitadores y políticos, que pudieran introducirse en los grupos traídos al país. Por conducta y en función de estímulo, el inmigrante que, en

su condición inicial de extranjero, no podía ingerir en los episodios negativos de la pugnacidad nacional, contribuiría a la creación de una sociedad organizada. Sería, desde el comienzo, clase activa.

Sobre la situación del país en sí, expresaba este criterio:

“El atraso económico de Venezuela se debe al hecho de que la minoría culta, de que la clase dirigente, es sumamente reducida o, mas que eso, de que la clase dirigente está compuesta de clases pasivas.

Estas clases pasivas han sido no solo un obstáculo para el progreso nacional, habiendo pesado demasiado sobre la producción, sino que han hecho imposible el papel del resto de la sociedad nacional.

Aumentar las clases activas en particular, hacer de las clases activas clases dirigentes y de las clases dirigentes clases activas, es el gran problema de Venezuela”.

Son estos, apuntes tomados de sus papeles inéditos.

No es que fustigara en sí la existencia de estas clases que llamaba pasivas ni que pretendiera el monopolio de la conducción nacional en manos de la hipotética clase activa. Ello equivaldría a leer mal e interpretar peor el fondo de la cuestión. Pensaba en una sola gran clase activa con el aporte de todas las capacidades para arribar a la nivelación de una sociedad organizada, aprovechable en todos sus matices para la obra de la transformación material y espiritual de un país atrasado.

Sentíase Adriani presto a colaborar en esa formidable empresa. Sabía que era conducta culpable — dentro de los dictados de una patria próspera y

un Estado moderno — olvidar, para mal del habitante de Venezuela, las posibilidades extraordinarias de una inmensa Guayana sometida a la audaz aventura del cauchero enfermo y bárbaro y del cayenero buscador de diamantes en la orillas de los ríos indómitos y bajo el cobijo peligroso de la selva cómplice; dejar perdido en su silencio hierático y en su famélico esfuerzo al campesino de los Andes, cada vez más amenazado por la erosión y el desamparo; continuar alimentando para argumento de novelistas y para truculencias de relatistas pintorescos venidos de Norteamérica o de Francia, los sortilegios del brujo, los desmanes del cuatrero y el terror de la malaria en los llanos inmensos; mirar con gracia los ojos de la muerte en el cayuco del contrabandista y la epopeya diaria del pescador ingenuo para asegurar el pan monótono y menguado de la familia hambrienta; y pasar como un viento huracanado sobre la vasta patria de niños sin traje y sin escuela, de hijos sin apellido y sin socorro y de enfermos enrollados por el curandero en la misteriosa cobija de unas yerbas ardientes y podridas.

Esa era la Venezuela que solo podría incorporarse de su postración mediante el esfuerzo cristiano y patriota de una responsable sociedad, organizada sobre la base de las clases activas, como la que proclamaba Alberto Adriani.

En 1930, Adriani estaba en Zea. Por su pueblo nativo recobraría el contacto material con la tierra venezolana. El Canciller Itriago quiso retenerlo a su lado. Le había hecho regresar de los Andes y nombrado Introdutor de Ministros. Escaso tiempo duró el compromiso que, en circunstancias bien sa-

bidadas, el agraciado no podía eludir. Además, ese cargo era el anti-Adriani.

Con el regreso a la patria, terminaría para Adriani la universidad del caminante. Una hermosa casona de tipo colonial abrigaría sus meditaciones, sus sueños y sus esperanzas. Pasaba largas horas, días completos, nerviosas vigiliadas y madrugadas insomnes con sus libros hermosos, que anotaba en el idioma en que estaban escritos: inglés, italiano, francés, alemán, español... Compartía con Don José, el padre agricultor y comerciante, la habitación del almacén y los muebles del escritorio. Dos puertas y dos ventanas a la calle, una hermosa mesa de 1,65 metros de largo por 1,55 metros de ancho, con artístico acabado y una ancha silla de madera.

Allí penetraba el rumor del viento andino. Hasta su mesa llegaba el eco ingenuo de la calle. La valija del correo que hacía el servicio con Zea, se llenaba con las cartas, libros y revistas del doctor Adriani. Era el pequeño poblado asiento de nutrida correspondencia con el mundo. Extraños viajeros iban hasta allá para visitar al iluminado peregrino del silencioso retorno, a buscar sus opiniones, a interrogarlo sobre los fenómenos de Venezuela y del agitado universo. Estaba en Zea, como si el gran Juan Bautista Alberdi hubiera regresado a su nativo Tucumán, después de trasnochar en las trincheras mortíferas y escribir las "Bases". Despachaba con puntualidad las colaboraciones que le pedían diarios y revistas del país y de otras naciones. Y mantenía con sus amigos de toda la vida una actividad epistolar de tal alcance que su colección ofrecería aún en nuestros días uno

como texto irremplazable de síntesis y de solución de los grandes problemas que afectan la vida venezolana.

Contra su temor del simple vegetar como las plantas, se prolongará todavía el plazo para entrar en la acción urgente.

Vuelven los días de El Bejuquero, Guaruríes y las tierras fecundas del alto Escalante. Renacen los diálogos con hacendados, vaqueros y peones. Monta las bestias de la casa y explora las generosas campiñas. En ocasiones consiente a sus sobrinitos Pepe y Maruja.

Muchos monólogos debió trenzar en esas puras soledades. Desde el destino de su carrera hasta el silencioso azar del corazón, como el amor casi oculto y casi imperceptible de las cuatro o cinco mujeres que a ratos le hicieran cerrar su perplejidad, frente a la sabiduría de los libros: la joven profesora y noble rusa que le enseñara danzas en Ginebra; o el proyecto de hogar que concibiera en el creciente afecto a la hija de Gil Borges. Todos aquellos atractivos se habían diluído como la rauda sonrisa de la vida en las caprichosas enrucijadas de la suerte.

Entonces podría repetir la sentencia de una de sus cartas:

“Soy hecho para vivir como aquel monje Teótimo, de la parábola de Rodó en “Motivos de Proteo”, en una vida solitaria”.

Esa vida solitaria había sido, en gran parte, la mejor universidad del caminante.

VI • la voz en el desierto

Ni los caciques surgidos de una raza contemporánea del Padre Orinoco, ni los hombres que a puro heroísmo ganaron la Independencia, ni los descendientes de los más antiguos colonos, han sido venezolanos, de modo más funcional y sustantivo, que este hijo de italianos.

ARTURO USLAR PIETRI

Alberto Adriani estaba sometido al Destino, cuyos designios son indiscutibles, y, en la hora definitiva, inaplazables. Hasta la muerte del Presidente Gómez pasaría cinco años en Zea. Sus amigos y correspondientes de Venezuela y de otros países expresarían

curioso desconcierto al saberlo en tan lejano y solitario anclaje. Adriani en una aldea perdida entre los Andes venezolanos. El desconcierto no dejaba tranquilo el propio personaje. Por esa razón, si escribía: "Llevo una vida campesina, pero no tan salvaje como pudiera suponerse, y disfruto de una tranquilidad que no podría ser mayor en otra parte", no se cuidaba de agregar: "Es bueno aquietarse los nervios".

En verdad, le inquietaban los nervios. Pero no le desesperaban, porque era una entidad del equilibrio. Se había capacitado para hacerle frente a los complejos fenómenos político-sociales que aquejaban la vida venezolana. Pero su tiempo de actor en el urgente proceso de transformación de su patria tomaba para él un plazo de escalofriante aplazamiento. Para él, con su presentimiento de una existencia corta.

Fué entonces cuando optó por intervenir con sus artículos, conferencias y cartas, en ofrecer soluciones para conjurar las graves amenazas que sobre la economía nacional, por relación con la crisis internacional, cerníanse en el horizonte inmediato. Aquella cátedra admirable, de ingente patriotismo, de clarísima visión, estaba en Zea. Pero, en un país dominado por el empirismo de una vieja y enmohecida dictadura, su voz era, como en la bíblica expresión, la voz en el desierto. No obstante, algo se ganaría. No por el ambiente, sino, precisamente, por reacción contra la fatiga de la nulidad que ese ambiente proyectaba. País de grandes latifundios que, desde la independencia, habían pasado de las manos de los libertadores a las de los guerrilleros y, en suma, a los usufructuarios del poder surgido de la aventura cuartelaria; país de ganaderías realengas, donde la pro-

piedad se establecía con el "hierro" del llanero más fuerte o del mejor madrugador; campiñas sometidas secularmente al monocultivo empobrecedor de tierras y de frutos, sin renovación de las variedades, ni auxilio de abonos ni control de las plagas, Venezuela parecía más bien un vasto campo de exterminio, **sometido a todos los rigores** de la incuria y a los ingenuos sortilegios del atavismo tradicional.

No faltan interesantes anécdotas sobre el pensamiento del Adriani de aquellos años del 33 y el 34, inmediatamente anteriores a la desaparición de la dictadura. Un amigo, con quien discutiera la necesidad inaplazable de acometer la empresa inmigratoria hacia Venezuela, con gente seleccionada, le confió sus temores sobre las desfavorables transformaciones que la inmigración pudiera acarrear a lo que él bautizaba pomposa y amorosamente como el *alma nacional*. Adriani escuchó los argumentos de su romántico interlocutor, con la tranquilidad que lo caracterizaba, para luego precisarle: — Amigo mío, si lo que resta del alma nacional que tanto apasiona a usted, son el chinchorro, el casabe, el aguardiente, el tambor, el cuatro y las maracas, la inmigración europea le hacía el más grande servicio a Venezuela, acabando con ese saldo tan poco edificante. — Fué infatigable en la prédica de este principio de renovación de las fuerzas humanas de la nacionalidad. Y en un país donde el terror llevaba en su carro de resignación a la indolencia, y el silencio al conformismo simple y comodón, sus palabras no cayeron totalmente en el vacío. El hambre nunca tiene buenos aliados en la zona de la prudencia social. Por contraste con el rigor de la dictadura de los últimos

años de Gómez, la alarmante crisis económica que se abatía sobre el país le inyectó un poderoso aliento para analizar sus fenómenos más resaltantes.

Insistió en sus trabajos sobre la economía del café, que, por los ruines precios del mercado internacional, acarrea la quiebra de hacendados, comerciantes y exportadores y limitaba los menguados ingresos de los obreros, llamados jornaleros o peones. Relacionó la repercusión con los fenómenos del cambio y el valor de bolívar, amplió sus consideraciones a la urgencia de construcción racional de una vasta red de comunicaciones, sugirió programas vitales para la educación y el saneamiento y vinculó toda esa red de búsqueda y ansiedad nacional al nudo gordiano donde su mentalidad de estadista precisaba el punto de partida de la más responsable y coordinada tarea que demandaba el inmediato porvenir: la población, asociada al proceso de colonización.

“Con un buen plan de inmigración y colonización —había escrito— Venezuela podría, pues, poblar sus territorios desiertos e incorporarlos a la vida nacional; diversificar su agricultura; desarrollar nuevas industrias y perfeccionar las existentes; contribuir al mejoramiento de su raza y a la nivelación de su cultura, especialmente en el dominio de la técnica, con la de los pueblos más progresistas del Occidente; acelerar extraordinariamente su desenvolvimiento económico y social; integrar, en fin, sus elementos humanos en un tipo nacional que perpetúe la integridad de la Patria”.

Coronaba aquella escala de admirables proyecciones, con pensamientos que fraternizaban con una vocación de patética grandeza:

“La Patria nos agradecería que encontráramos — y nuestro deber es buscarlas — las vías seguras de su prosperidad y de su gloria. Ya van a cumplirse los cien años en que el Libertador abandonó esta vida terrena. No conmemoremos ese día con ritos funerarios. Comencemos más bien empresas como las que él habría iniciado si estuviera entre nosotros. No podríamos tributarle más cumplido homenaje. Desde su Olimpo, en donde continúa vigilando sobre nuestro Destino, el Grande Hombre de América se exultará cuando raye el alba del día de grandeza y de gloria que soñó para Venezuela”.

Los últimos cinco años de Adriani en su nativo pueblo de Zea constituyeron un revisión de sus ideas, de sus lecturas, de sus concepciones económicas y sociales y de sus experiencias de viajero curioso e inquieto. Los libros de su biblioteca, que aun puede ser admirada en su casa natal, revelan la más compleja y heterogénea información. Las anotaciones en los textos indican que adecuaba sabiamente su lectura a la afinidad que le ofrecía sobre la realidad venezolana. Conocedor del pensamiento de los grandes creadores de América, seguía en el silencio de su aldea el consejo de José Martí: “El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo, ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!”.

No le atemorizaban tampoco ni las responsabilidades ni las difíciles tareas que la patria pudiera confiarle en los días por llegar. Era ya una mentalidad forjada al calor de las más severas disciplinas.

Un carácter que no compartía ni el resignado atavismo de la Venezuela de Juan Vicente Gómez, ni el vacío antigomecismo de los opositores, según el cual el país no tenía otro problema que la vida del viejo Dictador. En este sentido, una carta de los últimos seis años constituye clara apreciación de la situación de su país y programa de gobierno para la reforma democrática. Decía:

“Hasta hoy se ha querido buscar la salvación del país en la sustitución de unos hombres por otros mas o menos parecidos y en los cambios teóricos de instituciones políticas. El fracaso de esos intentos ha sido definitivo. La vida política no es quizás la peor que tiene Venezuela. Todos los aspectos de su vida necesitan regeneración. Los esfuerzos que se hagan para mejorar la agricultura, el comercio, la religión, etc., contribuirán inevitablemente a la solución del problema político. Mas todavía. Creo que la solución del problema político venezolano ha de buscarse y se encontrará más fácilmente por vías indirectas. El día en que Venezuela tenga hombres que sean mejores católicos, mejores agricultores, mejores comerciantes, mejores industriales, mejores médicos etc., es dado esperar que tenga también mejores gobernantes. Lo que importa es cambiar esta Venezuela de hoy por otra Venezuela, que haya sido transformada en la totalidad de su vida. Es posible que otro Gobierno sea mas propicio para emprender la tarea de cambiar la naturaleza de los venezolanos, pero no abrigo el optimismo de muchos que se figuran que caído Gómez tendremos democracia perfecta. No tengo confianza sino en ciertos factores capaces de cambiar la totalidad de la vida venezolana en su esencia, como

son la educación, la inmigración —una inmigración seleccionada puede ser extraordinariamente educadora—, la prensa y otros. Los cambios políticos pueden servir al progreso general del país, pero solo la acción combinada de una serie de factores puede cambiar fundamentalmente a los venezolanos. Es de creerse que el estancamiento de los últimos 25 años será seguido por un desbordamiento de actividad y de energías. Creo que una buena prensa, patriota y sensata y moderada, podría ayudar mucho los movimientos de renovación, tratando de seleccionar y de dirigir los esfuerzos desordenados que se hagan. Esa tarea de señalar rutas y de descubrir conductores es indispensable para que el ímpetu subsista y se concrete en resultados satisfactorios”.

¿Podría el país, desdeñar acaso, inteligencia tan madura, voluntad tan eficaz y voz tan honesta y tan valiente?

La hora final de un tiempo oscuro, lento y poblado de amnesias tropicales había llegado. Juan Vicente Gómez murió en su cama de madera de Las Delicias, en medio de la campiña aragueña, cerca del circo, los potreros y el grueso bramar de las vacadas. Tiempo de pan y circo, que también se resistiría a morir cristianamente. La historia posterior no le resultaría muy inamistosa. Murió entre sus atribulados Tenientes. Tampoco aquella tribulación duraría muchos días. Saboreó aún el viejo panegírico en sus labios fríos de difunto. Se le enterró con duelo oficial y despliegue militar. Marchaba silencioso en el cortejo el fiel Rocín, con la silla huérfana

y las bridas baldías. Compendio sociológico de La Mulera, las batallas de La Restauración y el goce del Poder.

Como para el descanso glorioso de un emperador otomano, había hecho edificar en vida su grande mausoleo, en el corazón de Maracay, al lado de Alí, el hijo amado y con fosas adyacentes para los otros retoños de su dinastía rural. Quedaba horizontal, en medio de la campiña venezolana, alimentándose con el canto madrugador de los pájaros y la fuerte savia de las raíces de los samanes y los araguaneyes. Fue un 17 de diciembre de 1930. Las actas del Registro Civil dicen también que nació en un 24 de julio sobre las tierras ásperas de la frontera venezolana, donde desde niño asumió el inicial cayado del pastor, precursor del fuerte bastón del dictador. En el Estado Táchira, cerca de Colombia, algunos muros de piedra aún señalan los linderos de su primera experiencia de Califa rural.

Comenzó con la muerte de Gómez un nuevo capítulo de la historia de Venezuela.

¿Voces como la de Alberto Adriani seguirían clamando en el desierto?

el ministro alberto adriani • VII

Febil agitación nos urge, y un deber histórico reclama empeño decidido al forjar la nueva vida nacional. Precisamos de moldes para imprimir fisonomía a nuevos caracteres. Hemos menester de ejemplos para multiplicar lo positivo de la acción y de la fe. Lo nuevo no tiene vigor de transcendencia si no se afinca en la realidad propia. Da impulso saberse renovador de un sostenido empeño, revalorizador de un perdido gusto, o motor de una empresa común.

RAFAEL CALDERA

A la muerte de Gómez, el Gabinete, con arreglo a pautas legales, designó al General Eleazar López Contreras, Ministro de Guerra y Marina del régimen fenecido, para ocupar la Presidencia Provisional de

la República "El Rey ha muerto, viva el Rey!", parecía decir la Venezuela hambrienta de tranquilidad en aquellos días, sobre cuya suerte se conjeturaban las más alevosas predicciones. Dentro de aquel Himalaya de cálculos, López Contreras fué un hallazgo feliz. La historia lo ha cubierto de respeto. Se impuso como la más discreta solución. El 24 de enero de 1936, el nuevo Gobierno creó el Ministerio de Agricultura y Cría, cuyos servicios eran prestados en un mismo Despacho con los de Sanidad que también fueron constituidos en nueva Cartera ministerial.

El 1º de marzo fue designado titular el doctor Alberto Adriani. Previamente, el Presidente López le había ofrecido el Rectorado de la Universidad de Los Andes, que no aceptó por considerarlo ajeno a sus inclinaciones y estudios y a su vocación.

Fué, pues, el primer Ministro de Agricultura. Le tocó planificar la acción del Despacho y poner en marcha su mecánica. Entre sus colaboradores iniciales se contaban Rodolfo Rojas, Rómulo Betancourt, Manuel Felipe Rugeles y Rafael Angel Rondón Márquez. Solo cincuenta y nueve días estuvo al frente de la Cartera. Dos meses cortos de trabajo inagotable. Había trasladado al campo de la acción el esfuerzo febril que encarnara en sus años de formación. Muchas veces, la jornada diaria alcanzaba a las diez y seis horas. Entre sus primeras realizaciones se contaron la provisión de crecidos fondos al Banco Agrícola y Pecuario para suministrar a los agricultores anticipos a cuenta de las cosechas; y el acuerdo de pignoración de la producción de café y cacao, celebrado entre el Gobierno Nacional y el Banco de Venezuela. Emprendía Adriani lo que con-

sideraba como la "acción metódica y tenaz". En alocución dirigida por los canales de la radio a la Nación, expresaba: "En estos momentos la nación espera mucho de sus hombres fuertes, rudos y de buena voluntad de sus campos. No hay que dejar la tierra sin cultivos y no se debe permitir que el pan falte a los venezolanos".

Fundó la revista "El Agricultor Venezolano", cuyo primer editorial salió de su pluma. En apretada síntesis analizaba las causas del atraso de la fuente básica de nuestra economía, puntualizaba las transformaciones que habrían de ponerse en camino y concluía con estas expresiones de alta jerarquía patriótica y emocional: "El Agricultor Venezolano" será uno de los instrumentos de esa tarea. Mantendrá a nuestros agricultores y criadores informados de las labores que el Ministerio vaya realizando. Los informará sobre los servicios que pueda prestarles. En forma sencilla, clara y precisa, les enseñará los métodos científicos y los nuevos procedimientos técnicos. Presentará, finalmente, al país aquellos agricultores y criadores que más se distinguen, que realicen empresas afortunadas, que lleven a la práctica nuevos métodos, que señalen la vía a seguir, que sean, en fin, el ala marchante de nuestra milicia agrícola.

Para toda esta labor, que responda a la voluntad de renovación que hoy anima al pueblo venezolano y a las necesidades vitales de la Nación, de esta Nación, que es y seguirá siendo durante toda una época principalmente agrícola, invocamos la colaboración de todos nuestros agricultores, que por laboriosos, honestos y sufridos, son la sal de nuestra tierra. Y pedimos el apoyo del pueblo que no vive en los campos

—esos campos nuestros tan llenos de tristeza y abandono—, en donde venezolanos animados de espíritu de sacrificio, con heroísmo silencioso, frente al desierto, las inclemencias de la naturaleza y las arbitrariedades y la codicia de los hombres, conducen una dura batalla en pro de nuestra economía y extienden las fronteras activas de la patria”.

En el Ministerio de Agricultura, apenas tuvo tiempo para empezar a moldear los trabajadores, limpiar el campo de malezas y echar la semilla sobre el suelo abonado. Las espigas de aquella era infatigable siguieron creciendo hacia el futuro, sin que viera girar la piedra del molino, él, molinero de tan entera y sana voluntad.

El 29 de abril de 1936, el Presidente Constitucional de la República, General en Jefe Eleazar López Contreras, lo trasladó al Ministerio de Hacienda. En el curso de la historia de Venezuela, no había escalado el honor de ese Despacho un hombre de tan completa capacidad, formado específicamente para la obra que se le confiaba. Allí entró, por derecho propio, como en la casa de su responsabilidad. Retraído, mas bien tímido, con aire de apartado campesino, ignoraban sus mismos colaboradores y las gentes que le visitaban que esas características eran como la coraza cerrada del gran trabajador para defenderse de los importunos en beneficio de la gran tarea confiada a su talento y a su actividad.

Algún amigo del Ministro se quejaba de la tardanza en recibirlo. Al escuchar, en la oficina contigua, el reclamo, Adriani se limitó a comentar: —Le fatiga esperar media hora, y yo tardé treinta y ocho años para llegar a este Despacho.

Como le informara su Secretario Privado, el gran poeta Manuel Felipe Rugeles, que obreros del Ministerio de Obras Públicas y algunos empleados del Estado preparaban una manifestación para protestar contra una posible reducción de sueldos y salarios, prevista en el Presupuesto Anual que el Despacho de Hacienda sometería al Congreso en sesiones, Adriani replicó: “—Dígale a los manifestantes que pasen frente al Ministerio para informarles de la situación e indicarles donde y como se están dilapidando los fondos de la Nación”.

Profundamente honesto, firme en los propósitos de bien e implacable frente al desorden fiscal, el Ministro era hombre que no rehuía las responsabilidades, cuando consideraba que estaba asistido por la razón y la autoridad.

Coincidía su ingreso al Ministerio con la publicación del llamado Programa de Febrero, del Presidente López Contreras, y la reunión de las Cámaras Legislativas. El Ministerio de Hacienda era una estructura oxidada. Los nombres de Santos Michelena y Román Cárdenas, quienes habían regido el Despacho a mediados del siglo pasado y comienzos del presente, sugerían la pena de lo trunco, de lo que pudo haber continuado hasta la modernización de las ramas fiscales. La cuantía y la complejidad del trabajo, a realizar eran atroces. A veces, el Ministro sentía los nervios agotados. Hubiese querido, de un solo golpe, reformar tanto instrumento caduco, poner en marcha la nueva doctrina y recoger prestamente la cosecha. Pero era —y él lo confesaba con su clara autoridad— labor de un lustro, de varios lustros, quizás de veinte

años, porque, para poner en ejercicio las leyes y cumplirlas, era preciso educar antes a los venezolanos.

Además de la Ley de Presupuesto, llevó al Congreso la Ley de Arancel de Aduanas, con su Exposición de Motivos; la Ley sobre Varios Ramos de la Renta Interna y la Ley de Cigarrillos. Las Exposiciones con las que acompañó estos proyectos son documentos magistrales, tanto en las previsiones de carácter económico como en las manifiestas ventajas que auguraban. Fundó también la "Revista de Hacienda". Todo fue trabajo y creación en aquel corto lapso. Ni antes, ni después, se vio empeño igual.

No era el Ministro Adriani un enfermo de oficina. Sus proyectos, sus realizaciones, los adelantaba a la faz de Venezuela, frente a la intensa gravedad de sus problemas. Junto al escenario maravilloso de la futura gran Nación.

A dos cuadras del Ministerio de Hacienda quedaba la Cancillería, a cargo de su grande amigo y antiguo protector, el Doctor Esteban Gil Borges. La suerte los había juntado en la nueva acción, en dos tareas paralelas, llamadas a contribuir al engrandecimiento de una Patria que tanto amaban y por la que tanto habían padecido y soñado. Gil Borges en la hora del invierno generoso. Adriani en los días fecundos de la Primavera. Los dos en un trópico anhelante y esperanzado.

VIII • la puesta del sol

¡Qué desconsuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

JOSE MARTI

El presentimiento de la temprana muerte no le había engañado. Su vida toda describía una carrera hacia el temprano ocaso. La soledad y el silencio descollaban como sus mejores colaboradores en el aprendizaje de la ciencia y en la acción creadora. Cuando se topó de bruces con la muerte estaba solo en una habitación del viejo Hotel "Majestic", de la Caracas hoy desaparecida.

Allí lo encontraron, exánime, el teléfono descolgado y la piel pálida, cetrina, sus amigos y compañeros. En la sala de autopsias del Hospital Vargas y en la capilla ardiente del Salón Elíptico del Palacio Federal, lo vieron yacente los venezolanos. Jamás un grande hombre en nuestra patria había desaparecido en tan mala hora. Los que le habían tratado y conocido, quedaron anonadados ante la infausta nueva. El país, que apenas lo había advertido, lloró su temprana ausencia.

No tuvo Adriani, dentro del rango de su sabiduría, de su patriotismo y de su austeridad, felices continuadores. Era un conductor, sin generación.

Pero quedaron incólumes su recuerdo y su doctrina. La mascarilla en sueño de su semblante inmóvil. Los broncees de Mérida y de su aldea nativa. Sus hermanos que son dechado de honor y de trabajo. Y las tierras feraces, vecinas del Alto Escalante, que hoy llevan su nombre de intrépido colonizador de ideas y de ensueños.

Se fué de la vida el 10 de agosto de 1936. En su mausoleo, sobrio como su carácter, quedarían perfectas las palabras que en su elogio pronunciara el día de la puesta de ese sol de los Andes angustiados, en la sesión solemne del Congreso de la República, el gran Alberto Zérega Fombona:

“Pensemos que tal vez la Venezuela de mañana necesita sacrificios tan grandes como este de la muerte de Alberto Adriani, para propiciar la grandeza del futuro patrio”.

Su ejemplo está en pie. Sus luces aún esclarecen el vastísimo horizonte de Venezuela.

obras consultadas

OBRAS CONSULTADAS

ALBERTO ADRIANI: "Labor Venezolanista" (edición póstuma). Con Introducción de Arturo Uslar Pietri y Ensayo de Mariano Picón Salas. - 288 páginas. - Tipografía La Nación, Caracas, 1937.

"Labor Venezolanista", segunda edición ("Alberto Adriani, Estímulo de la Juventud"), aumentada con otras producciones y con notas de R. A. Rondón Márquez. Al contenido de la primera edición se agregan, además, nuevos trabajos de Rondón Márquez, Picón Salas, Amenodoro Rangel Lamus, Manuel Egaña y comentarios de la prensa de Venezuela. - 550 páginas. - Tipografía Garrido, Caracas, 1946 (Décimo Aniversario de la muerte de Alberto Adriani).

"Cuadernos y Notas de Alberto Adriani" (material inédito).

MARIANO PICON-SALAS: "Obras Selectas". - 1.152 páginas. - Ediciones EDIME, Madrid-Caracas, 1953.

JOSE MARTI: "San Martín, Bolívar, Washington y otros escritos". - Prólogo de B. González Arrili. - Colección Universo. - 157 páginas. - Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires, 1945.

RAFAEL CALDERA: "Moldes para la Fragua". - 322 páginas. - Librería Editorial EL ATENEO, Buenos Aires, 1962.

i n d i c e

PORTICO (A MANERA DE PROLOGO)
[Pág. 3]

I
EL PUEBLO NATAL
[Pág. 5]

II
GENTE E INFANCIA
[Pág. 11]

III
EL CULTIVO DE LA INDIVIDUALIDAD
[Pág. 21]

IV
LOS AÑOS DE CARACAS
[Pág. 35]

V
LA UNIVERSIDAD DEL CAMINANTE
[Pág. 47]

VI
LA VOZ EN EL DESIERTO
[Pág. 71]

VII
EL MINISTRO ALBERTO ADRIANI
[Pág. 79]

VIII
LA PUESTA DEL SOL
[Pág. 85]

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE INVESTIGACION
(1966-67)

I
JUAN CARLOS VILLALBA
(1966-67)

II
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

III
GABRIEL JAVIER VILLALBA
(1966-67)

IV
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

V
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

VI
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

VII
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

VIII
ALBERTO RIVERA
(1966-67)

*Este folleto fue compuesto,
impreso y elaborado durante
los días 4 al 10 de febrero de
1966, en los Talleres Grá-
ficos Universitarios, Mérida,
Venezuela. - 2.500 ejemplares.*

VEREDICTO DEL JURADO PARA EL
CONCURSO DE BIOGRAFIA DEL
DOCTOR ALBERTO ADRIANI

Los suscritos, Miembros del Jurado que designó la Municipalidad de El Vigía, para examinar los trabajos enviados al Concurso de Biografía del doctor Alberto Adriani, a fin de optar al premio único creado a tales fines, después de leer los originales recibidos, acordamos, por unanimidad, otorgarlo a la biografía titulada "ADRIANI, O LA VENEZUELA REFORMADORA", distinguida con el lema "Se hace camino al andar" y el seudónimo Gil Blas, por reunir las condiciones requeridas en las bases aprobadas por la Junta Comunal del Municipio Alberto Adriani, con fecha 10 de Noviembre del año pasado.

Abiertas las plicas correspondientes resultó ser el autor del mencionado trabajo el escritor Neftalí Noguera Mora, a quien debe atribuírsele, en consecuencia, la distinción señalada.

Mérida, 31 de Enero de 1966.

(Fdo.) Germán Briceño Ferrigni

(Fdo.) José Ramón Rangel

(Fdo.) Eccio Rojo Paredes